

LOU CARRIGAN

NEGOCIO REDONDO


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

NEGOCIO REDONDO

Colección LA HUELLA n.° 110
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 40.161 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1. ª edición en esta Colección: diciembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

FIN DE FIESTA

El señor Kepler encendió la luz, se sentó en la cama, y miró hacia la de su esposa, donde ésta dormía apaciblemente, con una sonrisa de satisfacción en los labios. Tenía motivos para estar satisfecho. Era millonaria, tenía salud de hierro, un buen marido, buenos amigos, una quinta formidable, coches, un yate… Cosas que se pueden disfrutar perfectamente aunque se tengan ya cincuenta años. La buena vida sienta estupendamente a todos a cualquier edad.

Pero, con la luz encendida, el chasquido del encendedor del señor Kepler, sus movimientos inquietos, y sobre todo los gruñidos con los que se suponía conversaba consigo mismo, la señora Kepler no tuvo más remedio que despertarse. Miró a su marido, miró el reloj que había sobre la mesita de noche, y lanzó un gemido.

—Por el amor de Dios, Clifford —protestó—. ¿Es necesario que fumes a las tres de la madrugada?

—No puedo dormir. Lo siento, querida… Estoy nervioso.

—¿Qué te pasa? —Bostezó la señora Kepler.

—Esa tonta discusión con Michael… Me puso nervioso, y no consigo conciliar el sueño.

—Eres demasiado impresionable. Michael y tú siempre discutís, y eso no significa nada. Sois socios y amigos desde hace casi treinta años… Oh, vamos, Cliff, por favor: durmamos. Estoy muerta de sueño.

—Duerme tú.

—Sabes muy bien que no consigo hacerlo con la luz encendida… Sobre todo, después de desvelarme, como ahora. No eres muy considerado, querido. La fiesta duró hasta la una, y sabes que tuve que bailar con esos simpáticos jóvenes que trajo Mary Ann… Son encantadores. Pero la fiesta ya terminó, y ahora quisiera dormir. Sé

amable, cariño.

El señor Kepler se quedó mirando hoscamente la punta de sus pies, que se proyectaban hacia el techo bajo las mantas. Luego, miró a su alrededor, el viejo y conocido paisaje un gran dormitorio con dos camas, el gran armario, muebles carísimos, cortinajes, el gran cuarto de baño… Podía recorrer todo aquel terreno pulgada a pulgada con los ojos cerrados y sin cometer el menor fallo.

Cuando miró a su esposa, la vio de lado sobre el lecho, o sea encarada hacia él, mirándolo con afecto, pero un tanto impaciente. Aún era hermosa. Claro que había engordado considerablemente…

Era un bello espectáculo, cierto, pero ya hacía tiempo que no le impresionaba demasiado. Era normal, desde luego. Llevaba muchos años casado con Gladys, y, claro… Además, él también tenía más años que aquella primera vez… Todo era normal y lógico.

—Perdona —sonrió el señor Kepler—. Apagaré la luz y me iré abajo a fumar. Aunque deberías ponerte una de esas máscaras que tapan los ojos, y así yo podría fumar cuando me apeteciera, por las noches.

—No soporto esas máscaras… ¿Dormimos o no?

—Duerme tú. Yo iré abajo, a reflexionar.

La señora Kepler suspiró profundamente, con alivio, cuando su marido apagó la luz, desde la puerta del dormitorio. El señor Kepler pensó que su mujer se dormiría en seguida, y, sonriendo ceñudamente, bajo la amplia y blanquísima escalinata de la quinta. Iría a su despacho, que a fin de cuentas era donde mejor se encontraba siempre. Acabó de anudarse el cordón del batín, cruzó el vestíbulo grandioso y rutilante, y apagó la gran araña del techo cuando llegó ante la puerta de su despacho… Entró en éste, pensando que tenía que encontrar una buena réplica a la última y mordaz frase proferida por su socio y amigo Michael durante la discusión de aquella noche. Michael tenía la facultad de ponerle nervioso con sus sarcasmos. Desde luego, tenía que admitir que como conversador era un enemigo temible. Tenía una lengua rápida y certera, que a veces, al señor Kepler, le parecía un afilado cuchillo. Sí, señor… Él iba a pensar aquella noche una frase que, por la mañana, en el despacho, haría polvo a Michael. Eso iba a hacer…

Dio la luz del despacho, cerró la puerta, se volvió, y fue hacia su

mesa, completamente abstraído en sus pensamientos. Cuando vio el cuadro en el suelo, y la caja fuerte abierta de par en par, todavía tardó un segundo en comprender la realidad: le habían robado. Y nada menos, aquella noche, que tenía mucho dinero en la caja, y las joyas de Gladys, las importantes, que habían retirado del banco aquella mañana para que ella pudiera lucirlas en la fiesta… Todo esto lo pensó el señor Kepler en un segundo, antes dé, por fin, respingar fuertemente y volverse hacia el teléfono, cuyo auricular descolgó de un manotazo. ¡Naturalmente que iba a llamar a la policía, y exigiría que…!

Se quedó petrificado, al ver aparecer de detrás de una de las cortinas de la puerta-ventana que daba a la terraza, aquella figura humana, completamente vestida de negro. Todo era negro. Incluso los guantes. Incluso la pistola que…

Plop… Plop… Plop…

A cada balazo que recibía en el centro del pecho, el señor Kepler retrocedía un paso, hasta que su cabeza dio contra la pared, junto a la abierta caja fuerte. Su batín se estaba empapando en sangre, pero él ya no podía darse cuenta. Sus ojos estaban desorbitadamente fijos en aquella pistola provista de silenciador que acababa de enviarle tres balas del nueve largo, pero tampoco las veía. El señor Kepler, ciertamente, ya no podía ver nada, porque había muerto.

Y luego, poco a poco, tras dejar caer la cabeza sobre el pecho, se fue deslizando hasta el suelo, con la espalda pegada a la pared. Quedó sentado, y su aspecto habría resultado entre cómico y apacible si no hubiera sido por la sangre que empapaba su batín.

El personaje que había disparado contra el señor Kepler, recogió del suelo, de entre las cortinas, un maletín negro de piel, volvió a la mesa del despacho, lo colocó encima, y lo abrió. Al hacerlo, las joyas refulgieron a la luz. Luego, el personaje acabó de sacar de la caja fuerte unos fajos de billetes, algunas pequeñas joyas más, y lo metió todo en el maletín, así como la pistola.

Lo último que hizo antes de salir del despacho, hacia el jardín, fue apagar la luz.

Y el señor Kepler se quedó solo, sentado en el suelo con el cigarrillo humeante cerca de él.

Una cosa era segura: el señor Kepler jamás volvería a padecer de insomnio.

CAPÍTULO PRIMERO

Norman Howard había estado esperando todo el tiempo junto a la ventana, uno de cuyos visillos había dejado un poco recogido, de modo que podía ver a todo el que pasara por delante de su casita, en Santa Mónica, Los Ángeles. Y mejor aún podía ver a quien se detenía delante de la casita. Como, por ejemplo, al tipazo aquel que acababa de salir de un limpísimo automóvil rojo brillante.

Sentado en su sillón de ruedas desde hacía tiempo, viejo y arrugado, cansado, y con una salud más bien precaria, Norman Howard casi suspiró de nostalgia al contemplar al hombre recién salido del auto, y que estaba mirando el número de la casita. Muchos años atrás, Norman también había sido así: alto, atlético, elegante, sobrio, felino… Salvo lógicas diferencias en detalles como el color del pelo, los ojos, la línea de la boca, y rasgos faciales en general, sí, él había sido también un guapo y poderoso hombretón de treinta años. Sí… Alguna vez había sido así, como el hombre que ahora recorría el corto sendero que lo llevaría al porche de la casita.

Pero ya no era así, y había que resignarse.

Cuando sonó el timbre de la puerta, Norman Howard, que ya lo esperaba, había movido una rueda de su sillón, de modo que éste quedó encarado hacia allí.

—Pase —autorizó—. La puerta está abierta.

La puerta fue empujada, y apareció aquel hombretón sobrio, alto, atlético y elegante que había llegado en el coche limpísimo y brillantísimo de color rojo. Tenía los ojos oscuros, la boca delgada y plegada en un gesto seco, los cabellos un poco rubios, y quizá un poco largos. Se quedó mirando a Norman Howard un par de segundos antes de preguntar, amablemente, sin acabar de entrar en la casa:

—¿Señor Howard?

—Sí —asintió el inválido anciano—. Pase y cierre, por favor. Y venga a sentarse aquí, si es tan amable.

El visitante empujó la puerta hacia atrás, cruzó el pequeño *living-hall*, y se sentó delante de Howard, y una chispa entre amable y burlona pasó por sus ojos. Evidentemente, había comprendido que habían estado espiando su llegada, lo cual podía significar una cierta impaciencia.

Sacó un pequeño estuche de piel, doblado, y lo extendió ante los ojos de Norman Howard, mostrando su contenido: en un lado, una placa; en el otro, una credencial.

—Soy Warren Glover, agente especial del Police Department. Según se me ha informado, señor Howard, usted pidió que alguien viniera a su casa. ¿Cierto?

—Cierto, señor Glover.

—Bien —el policía guardó el estuche de piel—… ¿En qué podemos servirle, señor Howard?

—¿Quiere usted tomar algo? Quizá café, o *whisky*…

—No se moleste, gracias.

—No es molestia. Aún puedo dar unos pasos, y con mucho gusto le prepararé café, si lo desea.

—Prefiero no tomar nada. Aunque se lo agradezco igual. ¿Por qué llamó al Departamento y no al precinto que le correspondía, señor Howard?

—Porque soy millonario.

Warren Glover parpadeó, atónito. Luego, entornó los ojos. Acabó por encender un cigarrillo, sin haber pronunciado todavía una sola palabra. Después, miró a su alrededor, frunció el ceño, y volvió a fijar la penetrante mirada de sus ojos oscuros en los de Norman Howard que soltó una risita simpática, divertida.

—Ésta no parece la casa de un millonario, ¿verdad señor Glover?

—Con franqueza, no —respondió sosegadamente Warren—. Es una casa limpia, agradable y pequeña, con un pequeño jardín y un pequeño garaje. No es una casa de millonario. Al menos, yo, si fuese millonario, me procuraría otro tipo de vivienda. Claro que yo no soy usted, ni usted es yo. Bien. Admitido que usted es millonario: ¿qué tiene que ver esa circunstancia con su requerimiento para ser

visitado directamente por Police Department?

—Quisiera contarle cómo he hecho mi fortuna, señor Glover.

—¿Se trata de alguna… confesión, señor Howard?

—No, no… Se trata de un cuento.

—¿Un cuento?

—Yo lo considero así. Y podríamos empezarlo de este modo: érase una vez un ancianito inválido, quien, en menos de un año, se hizo millonario…

Warren Glover sonrió secamente.

—Le agradecería que fuese directo al asunto, señor Howard. Me encanta su sentido del humor, pero espero poder apreciarlo mejor cuando sepa exactamente que pretende usted.

—Estoy buscando el mejor modo de decirle que en menos de un año me han regalado un millón ochocientos mil dólares.

Warren Glover volvió a parpadear. Pero, contra lo que parecía esperar el anciano, no lanzó ninguna exclamación, ni evidenció gran asombro.

—Efectivamente, parece un cuento —admitió, sin alterarse—. ¿Por qué le han hecho tan importante regalo, señor Howard?

—No lo sé.

—¿Quién le ha regalado ese dinero?

—No lo sé. Es decir, lo sé… pero no lo sé.

—Entiendo. Conoce el nombre de la persona que le ha hecho el regalo, pero no conoce a la persona. ¿Es eso?

—Eso es —admitió con entusiasmo Howard—. Me gusta usted, señor Glover, porque tiene rapidez de comprensión.

—Es usted muy amable. ¿Cuál es el nombre de esa persona que le ha regalado en un año un millón ochocientos mil dólares?

—Stanley Toombs. Jamás le he visto, ni nunca había sabido de su nombre hasta que recibí la primera notificación del banco… De mi banco, claro. Me enviaron una notificación de abono en mi cuenta por valor de trescientos mil dólares. Naturalmente, llamé a mi banco, y dije que había un error. Ellos me llamaron un par de horas más tarde, y me dijeron que no había error posible: un caballero llamado Stanley Toombs había hecho una transferencia a mi nombre completo, especificando el número de cuenta, desde la sucursal que mi banco tiene en Bakersfield. No había error posible, así que si yo tenía que efectuar alguna reclamación, debía hacérsela

al tal señor Toombs.

—Un generoso donante al que usted jamás ha podido ver.

—En efecto. Cuando me aseguraron que no había error, decidí esperar unos días, a ver si aparecía ese señor y me explicaba qué ocurría. Pero, la siguiente noticia del señor Toombs, cinco semanas más tarde, fue otro abono en mi cuenta, también por trescientos mil dólares; la transferencia, esta vez, había sido hecha por la sucursal que mi banco tiene en San Diego… Luego siguieron tres transferencias más, siempre hechas por el señor Stanley Toombs utilizando sucursales de mi banco en diferentes pueblos no demasiado alejados de Los Ángeles. Y esta mañana he recibido la última transferencia: otros trescientos mil dólares, que mi desconocido benefactor me envía desde San Luis Obispo, por medio de la sucursal de mi banco allá a mi nombre y cuenta de aquí. Total en menos de un año me ha puesto en mi cuenta corriente un millón ochocientos mil dólares.

—¿Y eso le preocupa a usted, señor Howard?

—No me gusta. Cada vez me va pareciendo más y más que esto tiene todo el aspecto de una estafa, o un fraude… Por eso les he llamado. Si algo sucio ocurre quiero quedar al margen, señor Glover.

—¿Cuál es su banco? —murmuró el agente.

—El First National.

—Entiendo… Bien, esto podría ser un asunto sospechoso, que duda cabe. Sin embargo, por el momento, el hecho de regalar casi dos millones de dólares no constituye ningún delito, señor Howard.

—No me gusta este asunto.

—A mí tampoco me haría gracia, francamente Dígame: ¿por qué no recurrió antes a nosotros, si quería aclarar la situación?

—Bueno… Usted ya sabe cómo son estas cosas… Primero, esperé a ver si conocía al señor Stanley Toombs, y él me daba una explicación. Pero, esperando semana tras semana, el señor Toombs no ha aparecido, y entonces empecé a tener un poco de miedo…

—¿Por qué? —Alzó las cejas Warren.

—No sé… Demonios, señor Glover, éste es un caso raro, ¿no?

—Sí lo es —sonrió de nuevo secamente Warren—. Lo normal es que pretendan robarle a uno hasta los ojos no que le envíen dinero sin más ni más. Por eso, creo que debe haber un buen motivo para

esos envíos. ¿Está seguro de que no recuerda de nada al señor Toombs? Quizá un viejo amigo, o un pariente lejano, o…

—No, no, no… Jamás supe de él hasta que me hizo el primer ingreso de trescientos mil dólares en mi cuenta Luego, he estado esperándole, pensando a ver si conseguía localizarlo en mi memoria, pero no lo he logrado en todo un año… Finalmente, me ha entrado miedo de verme complicado en algo extraño, y he decidido ponerme en manos de la policía. Si ustedes no quieren hacer nada, recurriré a las autoridades federales. Al fin y al cabo mi banco es federal.

—Calma, señor Howard, calma… No he dicho que no queramos hacer nada. Solamente he comentado que es raro el caso, y usted está de acuerdo conmigo, ¿no es así? Por otra parte, no veo qué ha de temer usted, si nada ha hecho…

—No temo nada por mí. Ya soy viejo, y no valgo nada, señor Glover. Pero no me gustaría que le complicasen la vida a mi nieta. Ella es todo lo que tengo. Ella y tres mil ochocientos veintidós dólares con setenta y cinco centavos, en mi cuenta corriente.

—Más un millón ochocientos mil dólares —volvió a sonreír Warren.

—Ese dinero no es mío. No lo quiero. No sé quién es Stanley Toombs, ni qué pretende con esta broma estúpida, pero sí sé que no quiero líos de ninguna clase. He esperado un año a que Toombs apareciese y me diese una explicación. Yo creo que es suficiente, ¿no?

—Buscaremos una solución. ¿Alguien más sabe de esto?

—No, no… Nadie. Ni siquiera Ofelia, mi nieta. No quise decirle nada por no asustarla, comprenda…

—Bueno —casi rió Warren—, usted es un tipo curioso, señor Howard: no creo que una chica se asuste por saber que a su abuelo lo están convirtiendo en millonario. Por el contrario, yo creo…

—Mire, señor Glover, ahora soy yo quien no aprecia su sentido del humor, lo siento —gruñó Howard.

—Tranquilícese. —Warren apagó el cigarrillo en el cenicero, y se puso en pie—. ¿Tiene usted las notificaciones de abono que le ha hecho su banco?

—Sí… Las seis. Están en ése buró… Pensé que me las pediría, y las dejé preparadas.

Norman Howard fue hacia el pequeño buró, alzó la tapa enrollable, y recogió un sobre cerrado que había en una de las gavetas sin tapa. Había unos lentes, cigarrillos, una pipa, más papeles, bolígrafos, una novela policíaca…, y, en una de las gavetas, un pequeño revólver del 22, al que Warren Glover dirigió una indiferente mirada.

—¿Usted usa armas, señor Howard? —preguntó, mientras se guardaba el sobre.

—¿Yo? Claro que no… Lo compró Ofelia, hace tiempo. Dijo que conviene tener algo con qué protegerse, así que compró este trasto, lo dejó aquí… y ya no lo ha vuelto a tocar. ¿Qué piensa usted hacer sobre este asunto, señor Glover?

—No lo sé aún. Por supuesto, tendré que consultarlo con mi jefe. De un modo u otro, señor Howard, tenga la seguridad de que vamos a servirle a su satisfacción, o sea, desligándole de la tremenda preocupación de tener casi dos millones de dólares en su cuenta corriente.

—Usted no se toma esto muy en serio, ¿eh? —refunfuñó Howard.

—Completamente en serio. Y se harán las investigaciones precisas para aclarar el caso. Sin embargo, tengo la seguridad de que al final todo tendrá una explicación satisfactoria para usted. No puede ser de otro modo, compréndalo. No se regalan dos millones de dólares sin más ni más, insisto… Encontraremos esa explicación para usted, señor Howard.

—Así lo espero. Muchas gracias, señor Glover. ¿De verdad no quiere tomar nada?

—De verdad. Bien, señor Howard, voy a marcharme ya. A menos que pueda servirle en algo más.

—No, no… Es usted muy amable a pesar de ser policía, señor Glover.

—Supongo que usted ha querido elogiarme, señor Howard. Ya le diré algo sobre todo esto. Adiós.

—Adiós, señor Glover.

CAPÍTULO II

Por supuesto que notó el choque contra algo, pero ya no pudo hacer nada por evitar la catástrofe. Cuando vino a darse cuenta, la muchacha de rubios cabellos estaba sentada en el borde del porche con las bellísimas piernas al aire, la mano derecha sosteniendo un llavín listo para ser introducido en la cerradura, un mechón de cabellos sobre los ojos y completamente rodeada de paquetes, cajitas, revistas y cigarrillos.

El policía enrojeció ligeramente y se apresuró a ayudar a la muchacha a ponerse en pie. La asió de un brazo y de la mano, y cuando ella estuvo en pie, mirándole entre irritada e irónica, Glover masculló:

Lo siento de veras, señorita… La ayudaré a recoger sus paquetes, desde luego.

—¿Siempre sale usted así de las casas? —preguntó ella.

—No, no… Me distraje un poco, eso es todo. ¿Está bien?

Ella entornó maliciosamente los ojos. Unos ojos grandes, azules, bellísimos.

—Teniendo en cuenta lo que podría haberme ocurrido al chocar con una mole como usted, estoy perfectamente. Todo lo que ha pasado es que me he sentado contra mi voluntad, ¿usted comprende?

—Ejem. Espero que no se haya roto nada…

La muchacha movió los brazos, los hombros, las piernas y las caderas y sonrió.

—No creo.

—Me refería al contenido de sus paquetes.

—Oh… Pues eso no lo sé. Pero si algo se ha roto tendrá usted que pagarlo.

—Sí… Por supuesto. Permítame. Yo recogeré los paquetes.

El agente así lo hizo y entró luego en la casa, cuando la muchacha preguntaba a su abuelo quién era el visitante. La respuesta llegó claramente a oídos del policía.

—Es un agente… del Fisco, querida. Parece que en mi última declaración me equivoqué en algo y ha venido a aclararlo.

—¿Sí? ¿Y ha descubierto alguno de nuestros grandes fraudes?

—No seas antipática —rió el anciano—. El señor Glover ha sido muy atento y amable, ésa es la verdad. Está haciendo su trabajo, querida, simplemente.

—Pues vaya un trabajo: ¡agente del Fisco! ¡Brrr…!

Warren dejó los paquetes sobre un sillón, miró a la muchacha y frunció el ceño, un poco irritado con el viejo Howard.

—Lamento mucho que mi profesión no sea de su agrado, señorita Howard. Si es tan amable de mirar sus paquetes por si hay alguno roto y he de pagarlo me iré cuanto antes.

—De acuerdo. Supongo que tiene más víctimas que visitar.

La muchacha fue a examinar los paquetes y Warren dirigió una hosca mirada a Norman Howard, que sonrió y encogió los hombros. Ofelia terminó rápidamente el examen.

—Todo está bien, señor Glover.

—Entonces, adiós.

—¡Espere! ¿Es suyo ese coche rojo que hay delante de la casa?

—Sí.

—¿Suyo o del Fisco?

—Mío. Particular. Privado.

—Entonces…, ¿usted entiende algo de automóviles?

—Emm… Bueno… Sí, claro, algo…

—Sabrá, por ejemplo, que son cuerpos sólidos.

—Esto… ¿Eh? ¿Sólidos?

—Sí, sí… Cuerpos sólidos, o sea, que no se puede pasar a través de ellos. Un automóvil es un cuerpo con cuatro ruedas, motor, volante… y de una solidez considerable.

—Claro… Muy considerable, sí… No comprendo…

—Lo comprenderá el día en que usted llegue a su casa, quiera entrar con su coche por el jardín hasta el garaje y no pueda hacerlo porque delante mismo de la entrada algún desaprensivo ha dejado su rojo, rutilante y grandísimo cochazo.

—Lo siento, no me di cuenta. Buenas tardes.

Salió de allí echando chispas y poco después arrancaba bruscamente, llevándose de delante de la entrada al garaje su rojo, rutilante y grandísimo cochazo.

—El señor Glover es…, es…

—¿Sensacional? —sugirió su abuelo, sonriendo.

—Algo así. ¿De verdad es atento y amable?

—Mucho. ¿Cómo te ha ido? ¿Has visto a Max esta tarde?

Ofelia se quedó mirando a su abuelo, hasta que, por fin, parpadeó, muy lentamente, esbozando una sonrisa llena de ternura.

—No, abuelo. Pero quizá él venga más tarde. Ya sabes que viene casi todos los días.

—Y tiene sus buenos motivos —guiñó un ojo el anciano—. Max es un buen hombre, ¿no crees? Sin embargo, yo creo que es un poco mayor para ti… Quiero decir… Bueno; un tipo como el señor Glover sería algo más… indicado, me parece. Claro que si a ti Max te…

—¡El señor Glover! —exclamó Ofelia—. ¡Uno de esos tipos repugnantes que pertenecen a la banda de vampiros nacionales, que chupan el dinero a todo el mundo! ¡Agente del Fisco!

—Bueno, yo quería decir… Iba por otro camino, Ofelia. Quería decir…

—Al diablo con el señor Glover —sonrió la muchacha—: no es más que un gorila con corbata.

CAPÍTULO III

—¿Cómo va todo, señor?

El teniente Lowell alzó la cabeza y compuso un gesto de amistosa bienvenida.

—Ah, hola, Warren… ¿Cómo va… qué cosa? ¿A qué te refieres?

—A lo del último asesinato del Joyero —refunfuñó Warren—. ¿A qué otra cosa, si no?

—Oh, bien… Estamos igual que antes. Maldita sea, ese ladrón asesino nos está dejando en muy mal lugar, Warren. Claro que la culpa no es toda nuestra… Pero el tal Joyero ha cometido ya cuatro asesinatos; al menos con la misma pistola. A saber si con otra clase de armas no habrá matado a mucha más gente. Pero, con la automática, ya van cuatro. Las balas han sido comparadas con resultado positivo en Balística… Y eso es todo lo que tenemos. Aparte del hecho de que ese tipo siempre se lleva joyas… El Joyero… Es un hombre de comedia barata, ¿no te parece?

—La culpa no es nuestra en parte. La primera vez, alguien no supo mantener la boca cerrada. Luego, la segunda vez, cuando se descubrió que la pistola empleada para el siguiente asesinato era la misma que en otro caso en que también habían robado joyas, alguien dijo que el tal asesino debía ser joyero, por lo que le gustaban las joyas… Y de ahí vino todo. ¿Qué más da? Es un apodo para un ladrón asesino y no necesitamos más.

—Sólo atraparlo. Debiste ver a la viuda, Warren… Tú tuviste la suerte de estar terminando otro caso y por eso no entraste de lleno en éste… Pobre mujer… Estaba desconsoladísima, y se culpaba a sí misma por la muerte de su esposo. Dice que si ella no le hubiera dicho que le molestaba la luz, él no habría bajado al despacho y, por lo tanto, ahora estaría vivo. El señor Clifford Kepler era persona

muy querida. Un buen hombre, en todo el sentido de la palabra.

—Debe haber alguna pista sobre el Joyero —gruñó Warren—. ¡Algo tenemos que encontrar, señor!

—Tengo a cuatro muchachos en ello. Pero sólo tenemos lo de la pistola: la misma con la que anteriormente fueron asesinadas tres personas a las que también se les robaron joyas y dinero. Es el mismo delincuente, no cabe duda. Un buen profesional. Pero ya caerá… La viuda ha podido declarar al fin. ¿Cuánto calculas que había en joyas aquella noche en la caja fuerte de los Kepler?

—No sé… ¿Cien mil dólares?

—Quinientos mil —musitó el teniente Lowell, del Police Department de Los Ángeles—. Y casi veinticinco mil dólares en efectivo. Estamos intentando localizar a alguien que tenga facilidad para colocar joyas fuera del país, ya sean completas o desmontadas. Tenemos a mucha gente en movimiento buscando las joyas, que han sido descritas por sus propietarios y dibujadas… En fin, se está haciendo todo lo que puede hacerse… Oye, ¿qué quería el señor… —Removió unos papeles, alzó uno de ellos y le echó un vistazo—, el señor Norman Howard?

—Está preocupado. Su nieta es terrible.

—¡Cómo! ¿Nos llamó porque su nieta es terrible y eso le preocupa?

—No, no… Son dos cosas diferentes. El señor Howard debe tener por lo menos setenta y cinco años y está inválido. En un sillón de ruedas, de ésos, ya sabes… Ella es completamente diferente, desde luego. Quiero decir que está muy sana. Es bastante alta, tiene las piernas preciosas y lo demás también. Es rubia, ojos azules… Una muñeca. Lástima que tiene el carácter un tanto irritante. Mordaz, diría yo. ¿Se imagina lo que me dijo porque dejé el coche delante de la entrada?

El teniente Lowell parpadeó, en verdad, atónito; apoyó ambos codos en la mesa, la barbilla en las manos y en sus ojos apareció un destello de burlón interés, como si su vida dependiese de aquella explicación.

—¿Qué te dijo? Cuenta, cuenta… Lo otro, lo del por qué el señor Howard llamó a la policía, puedes esperar. ¿Qué te dijo su nieta?

Warren Glover enrojeció ligeramente, una vez más en aquel día.

—Le han ingresado en su cuenta un millón ochocientos mil

dólares —murmuró.

—Vaya… Yo diría que no es una chica que resulte conveniente para esposa, ¿verdad?

—No, no —se apresuró a aclarar Warren—. El dinero se lo han ingresado en la cuenta del abuelo. Ella es honesta, evidentemente, señor.

—Entonces, ¿es el abuelo quien tiene un amante?

—¿Un qué? —saltó Warren.

—Bueno, como me has dicho que ella es honesta, pero que a su abuelo le han ingresado en su cuenta un millón ochocientos mil dólares…

—¡Pero el abuelo no tiene ningún amante! ¡Por todos los demonios, señor!, ¿qué está usted diciendo?

—¿Yo? Te sigo la corriente, hijo… Te he preguntado que para qué nos llamó el señor Howard y me has dicho que está preocupado y que su nieta es terrible. Luego me has dicho que su nieta tiene unas piernas preciosas, que es alta, rubia y de ojos azules… Lo del amante no ha sido idea mía.

—Pe-pero… ¡tampoco mía! Lo que yo quería decir…

—Espera —sonrió Lowell—: ¿vas a hablarme del abuelo o de la nieta?

—Del abuelo.

—Eso está mejor —suspiró el inspector, sentándose correctamente—. ¿Qué te dijo el señor Howard?

Warren Glover refunfuñó algo respecto al sistema que tenía su jefe para desbaratar la explicación de cualquiera, pero, finalmente, comprendiendo que la culpa había sido suya por pensar tanto en Ofelia Howard y que Lowell se había limitado a ser irónicamente amable, explicó con su habitual exactitud, sin omitir nada, la conversación sostenida entre Norman Howard y él antes de la aparición de la muchacha.

—Es un caso curioso —murmuró Lowell—. No perdemos nada investigándolo. Puedes darte una vuelta por esos seis pueblos y preguntar en los Bancos donde fueron efectuadas las transferencias.

—¿Yo? —exclamó Warren—. ¿Yo tengo que hacer eso?

—¿Por qué no? Te irá bien viajar en coche, tomando el sol, después del asunto que resolviste. Además, no vas a poder hacer nada respecto al asunto del Joyero hasta que encontremos alguna

pista más, así que sería bueno que aprovecharas el tiempo. Puedes marchar ahora mismo, si quieres. Así aprovecharás el tiempo.

—Es que…

—Es una orden —sonrió Lowell.

—Entonces saldré ahora mismo para San Luis Obispo. Aunque ya no podré hacer nada allí hasta mañana, cuando abra el Banco.

—Pero ya estarás allí a las nueve, y a eso llamo yo ganar tiempo. Y otra cosa: si yo fuera tú cenaría en San Luis Obispo; tienen un pescado excelente.

—Caramba… ¡Buena idea, señor!

—Buenísima. ¡Cómo! ¿Te vas ya?

Warren miró estupefacto a su jefe.

—¿Pero no me ha dicho usted que salga ahora mismo?

—Hombre, sí, pero no me dejes así, sin aclararme la incógnita… ¡Me tienes sobre ascuas!

—¿A qué incógnita se refiere? —se asombró Warren.

—A lo que te dijo la nieta del señor Howard porque dejaste tu coche delante de su entrada… ¿Qué te dijo?

El agente abrió la boca. De pronto vio aquella chispita de maliciosa burla en el fondo de los ojos de su jefe; lanzó un gruñido, dio media vuelta y se fue hacia la puerta.

—Ya se lo diré cuando regrese —mascullóy—. Sólo tendrá que esperar usted dos o tres días.

Y salió del despacho, irritado, dejando al teniente Lowell sonriente y feliz, pues no era poca cosa conseguir desconcertar a Warren Glover, posiblemente el mejor agente del Departamento. Si había algo que valiera la pena de ser sabido y estudiado en aquel asunto, no existía la menor probabilidad de que se le pasara por alto a Warren Glover.

CAPÍTULO IV

Igual que la otra vez, Norman Howard lo vio llegar desde la ventana, tras la cual, evidentemente, pasaba muy buena parte de su vida contemplando la tranquila avenida en la cual nunca sucedía nada. Nada digno de ser explicado en los periódicos, al menos.

Y como la otra vez, admiró la envergadura física del agente, su caminar felino y reposado, tranquilo. No cabía duda de que aquel «gorila» con corbata tenía un rostro viril muy interesante, entre amable y amenazador. Fruncía el ceño, pero, al mismo tiempo, parecía haber una sonrisa amable en el fondo de sus oscuros ojos. Asombroso.

Norman Howard hizo rodar su silla hasta la puerta, la abrió, retrocedió un poco y, cuando sonó el timbre, dijo, como la otra vez:

—Pase. La puerta está abierta.

Warren Glover empujó la puerta, entró, vio al anciano ante él, mirándolo expectante, y casi sonrió amistosamente.

—Buenas tardes, señor Howard. ¿Qué tal?

—Como siempre: hecho una piltrafa humana, señor Glover. Por favor, cierre la puerta y siéntese.

Hizo rodar su sillón de nuevo hacia la ventana y Glover, tras cerrar la puerta, fue a ocupar el mismo sillón que, tres días antes. Encendió un cigarrillo, se quedó mirando a Howard y éste comprendió que estaba ocurriendo algo que daba un nuevo giro a aquella absurda situación por la cual alguien le había convertido en millonario en menos de un año. Sin saber por qué, tuvo miedo; más bien un presentimiento, de esos que producen una profunda desazón aparentemente injustificada.

—Observo que esta vez ha dejado su coche en mejor lugar —musitó.

Warren miró hacia la avenida y asintió con la cabeza.

—Sí. Hago lo posible por no cometer dos veces el mismo fallo. Y para serle sincero, me aterra la posibilidad de que su nieta vuelva a meterse conmigo. ¿Ella no está?

—No… Pero no creo que tarde en volver. ¿Quiere tomar…?

—No, gracias. He estado en San Luis Obispo, señor Howard. Y en Bakersfield… Y en las demás poblaciones desde las cuales le ha estado enviando dinero a usted nuestro desconocido Stanley Toombs. Quiero decir exactamente que he estado en los seis Bancos en cuestión.

—Entiendo… Ha trabajado usted mucho, según parece.

—Así es. Pero, cuando hay que hacer algo, se hace. Ya le dije que no íbamos a dejarle a usted insatisfecho.

—¿Ha encontrado a Stanley Toombs? —murmuró Howard.

—En cierto modo. Bueno, digamos que he hecho mucho más que eso, señor Howard. No he encontrado a un Stanley Toombs, sino a seis Stanley Toombs. ¿Usted me entiende?

—Temo que no…

—Se lo explicaré. El primer Banco que visité fue el de San Luis Obispo, por ser el que más recientemente le había enviado a usted una transferencia. Como esperaba, recordaban al señor Toombs, pues, evidentemente, una persona que deposita trescientos mil dólares para que se los envíen a otra tiene que llamar la atención. Trescientos mil dólares es mucho dinero.

—Sí… Lo es…

Warren fumó pensativamente durante unos segundos, mirando hacia el pequeño jardín.

—Me describieron al señor Toombs —dijo de pronto—. Parece ser un hombre de unos treinta y tantos años, mediana estatura, complexión discreta, cabellos rubios y largos, barba, ojos claros… Un caballero muy correcto y educado. Dijo estar de paso en San Luis Obispo por negocios, abrió una cuenta corriente y, por medio de ella, efectuó la transferencia de trescientos mil dólares a su favor. Ya no ha vuelto por el Banco. De modo que seguí mi ruta, hacia otra de las poblaciones, en busca de más datos sobre el señor Toombs. En el siguiente Banco también lo recordaban muy bien, y me lo describieron: más alto, delgado, frente despejada, cabellos negros, ojos oscuros, atlético, como de unos treinta años.

Norman Howard quedó boquiabierto unos segundos, parecía que tardaba en comprender lo que aquello significaba.

—No…, no entiendo bien, señor Glover. Si en un sitio era rubio y de ojos claros, en otro sitio no podía ser moreno y de ojos oscuros.

—En el tercer Banco me dijeron que era pelirrojo, más bien grueso, achaparrado, de voz profunda y ademanes un tanto pesados, aunque, eso sí, un caballero muy amable y educado.

—Pe-pero…, pero eso no…, no es posible…

—En el cuarto, quinto y sexto Banco volvieron a describirme al señor Stanley Toombs. Y en cada sitio me dieron una descripción diferente de él. De modo que ya no sé si es alto, bajo, gordo, flaco, recto o jorobado, rubio, moreno o pelirrojo.

—Por Dios… Esto es absurdo…

—Es desconcertante, al menos —admitió serenamente Warren.

—No puede ser… ¿Cómo puede tener un hombre seis aspectos diferentes? ¡Es imposible!

—Hay dos explicaciones razonables al respecto —apuntó el policía—. Una de ellas es que no sea un solo Stanley Toombs, sino seis, los que están realizando este sorprendente juego. La otra es que sea el mismo Toombs, pero disfrazado.

—¡Disfrazado! ¿Cómo puede un hombre disfrazarse de tal modo que parezca más alto o más bajo, más flaco o más gordo?

—Se puede hacer —sonrió secamente Warren—. No dudo que usted se sorprendería de los resultados de muchos maquillajes y trucos, pero le aseguro que la misma persona puede aparecer de modo muy diferente con algunos buenos postizos y maquillaje. Véame a mí. Peso ciento ochenta libras y mido seis pies y dos pulgadas; mis cabellos son rubios y mis ojos oscuros. ¿Cierto?

—Claro… Cierto.

—Muy bien. Pues en menos de una hora, señor Howard, yo podría aparecer como un anciano encorvado, flaco, de ojos grises y cabellos blancos. Eso no es problema. Pelucas, microlentillas de contacto de diferentes colores, maquillaje, ropas con rellenos, posturas diferentes del cuerpo… Le aseguro que es posible que la misma persona pueda tener seis aspectos bien diferentes.

—Bien… Pero esto no es posible, no sé… ¿Con qué objeto están haciendo esto los seis Stanley Toombs o el único Stanley Toombs que se disfraza?

—Si no lo sabe usted, ¿cómo podría saberlo yo?

El rostro de Norman Howard se congestionó ligeramente.

—¿Está sugiriendo que yo sé algo de esto y que le estoy mintiendo, señor Glover? —Chirrió su voz.

—No lo sé, señor Howard. No quisiera parecerle tan tonto como debo haberle parecido a mi jefe, pero no lo sé. No puedo entender nada de esto. Sin embargo, ya no cabe duda de que algo anormal está ocurriendo. Algo ilegal, lo juraría.

—Escuche, yo no quiero saber nada de todo esto… Sacaré el dinero, se lo entregaré a usted y…

—No haremos nada de eso, señor Howard. El dinero permanecerá en su cuenta corriente. Sólo esperaremos.

—Esperaremos… ¿qué?

—No lo sé tampoco. Como comprenderá, teniendo seis descripciones diferentes del señor Toombs no puedo hacer nada. No dispongo de más pistas que las que significan usted mismo y el propio señor Toombs, el cual, tarde o temprano, tendrá que hacer algo.

—¡Seguro! ¡Enviarme otros trescientos mil dólares desde otro sitio, dentro de unas cuantas semanas! ¡Y así estaremos hasta que yo me muera y usted no habrá averiguado nada! Escuche, señor Glover: yo no quiero ninguna responsabilidad sobre ese dinero o sobre los planes que tenga pensados ese señor Toombs. Por lo tanto…

—Le ruego que se calme, señor Howard.

—Yo… Bien, lo siento. Creo que me he excitado demasiado, pero insisto en que no quiero complicaciones.

—No las tendrá, se lo garantizo. Soy el primero en lamentar que mis gestiones no hayan servido de nada; pero así están las cosas y hay que aceptarlas, ¿no le parece? En realidad, yo debería hacerle a usted preguntas y más preguntas, pero ya sé que no podrá decirme más de lo que me ha dicho hasta ahora. Estamos los dos navegando a ciegas en la misma barca, señor Howard, así que tendrá que confiar en mí… ¿Cuento con ello?

—Bien… Por supuesto, señor Glover. Pero tal como están las cosas, me preguntó qué puede hacer usted.

—Lo pensaré. Algo se me ocurrirá. De momento, como si nada estuviese pasando. No diga nada a nadie, dejemos el dinero en su

cuenta. El señor Toombs tendrá que asomar las orejas un momento u otro. Y entonces lo atraparemos como si fuese un conejo.

—Eso puede tardar mucho tiempo.

—El tiempo no importa, señor Howard.

—¡Demonios, no le importará a usted, que es joven y fuerte como un gorila, pero a mí sí me importa! ¡Puedo irme al otro mundo en cualquier momento, jovencito!

—Es de suponer que eso lo sabe muy bien nuestro señor Toombs, ¿no cree? Es decir, que su muerte debe ser uno de los cálculos de probabilidades efectuados por nuestro astuto y desconcertante personaje. Antes de que se produzca, él tiene que hacer algo. O sea, que pierda usted cuidado al respecto: sabrá lo que sea antes de morir. Cosa que espero ocurra dentro de muchos años —acabó sonriendo el detective.

—¡Tonterías! —farfulló Howard—. ¡Todo eso son tonterías! ¡Ni viviré muchos años ni me enteraré de nada…!

—Pero los demás sí van a enterarse de muchas cosas si continúa usted gritando así, señor Howard.

—¿Cómo? ¿Por qué dice eso?

Warren señaló por la ventana.

—Me parece que ha regresado su nieta. Y esta vez con refuerzos… Será mejor que me vaya.

Norman Howard le dirigió una rápida mirada.

—Usted está equivocado con mi nieta, señor Glover.

—Ella es una muchacha dócil y dulce, sin agresividad de ninguna clase.

—¿De veras? —masculló Warren—. Bien, no voy a dudarlo, pero entiendo que su docilidad y dulzura debe estar reservada para el caballero que la acompaña y no para mí. A propósito: opino que no debió decirle que yo era agente del Fisco.

—¿Debí decirle que es un agente de policía, entonces?

—Tampoco, por el momento. Pero… En fin, ya está hecho. Yo voy a tener ahora dos días de descanso, señor Howard, de modo que es poco probable que me encuentre usted en el Departamento. Normalmente, los agentes no solemos dejar números de teléfonos privados, ya que basta que quien nos necesita llame al Departamento para que desde allí nos avisen, pues siempre saben dónde estamos… Sin embargo, en este caso, haremos una

excepción, en beneficio de una rapidez que posiblemente resultase necesaria: le daré un número de teléfono, al cual podrá llamarme directamente mañana y pasado mañana.

Warren anotó el número en un papel y lo tendió al anciano, que le echó un vistazo, y preguntó:

—¿Es su domicilio?

—No. Es el Sailing Club, del cual soy socio. Me gusta nadar y, sobre todo, navegar. Hace ya un tiempo excelente y, en cuanto tengo un día libre, me voy para allá. Si me necesitase con urgencia, pida por mí, simplemente, y diga quién es usted. En el club saben lo que tienen que hacer en un caso así.

—Está bien. Espero que se divierta.

—Lo dudo. Esta vez voy a meditar muy seriamente sobre este caso tan interesante. Tiene que haber una explicación, en alguna parte. Una explicación lógica y clara, y pienso encontrarla.

—Ojalá sea así, señor Glover. Le agradezco mucho el interés que se está tomando.

—Sólo hago mi trabajo. Bien. Adiós, señor Howard.

Estrechó la mano del anciano, se dirigió hacia la puerta, la abrió y se apartó rápidamente a un lado, respingando. En el porche, ante el umbral, estaba Ofelia Howard, con el llavín en la mano, fracasada en su intento de introducirlo en la cerradura al ser abierta la puerta por el agente. Esta vez la muchacha no llevaba paquetes, pero sí un acompañante, que miró con cortés asombro a Warren.

—Buenas tardes, señorita Howard —masculló éste.

—Muy buenas tardes, señor Fisco…, digo, señor Glover. Ya sabía que estaba usted aquí, pues he visto su cochazo. Supongo que debo estarle agradecida por haber dejado la entrada libre.

—No tiene importancia —rezongó Warren—. Con su permiso…

—¿Ya le ha chupado la sangre a mi abuelo?

—¿Cómo dice?

—Ofelia —llamó Norman Howard—, deja de molestar al señor Glover y pasad.

La muchacha miró sonriente a su abuelo y entró en la casa, pasando junto a Warren, que se había apartado. Tras ella entró su acompañante. Un hombre de unos cuarenta años, mediana estatura, vestido con seriedad y vulgaridad. Ojos claros de expresión casi infantil, mirada amable, sonriente. Tenía la frente muy despejada,

poco cabello y una nariz algo grandota. En conjunto, resultaba simpático, quizá por su aspecto entre tímido y bonachón.

—Max —dijo Ofelia—, éste es el señor Glover, un terrible agente del Fisco que la ha tomado con mi abuelo. No está dispuesto a pasarle por alto no sé qué terrible fallo en su última declaración.

—¿Cómo está usted? —sonrió afablemente Max.

—Bien —gruñó Warren—. Muy bien, gracias.

—Él es Maxwell Thorne —dijo Ofelia—: mi prometido. Precisamente esta tarde me ha regalado esto y hemos estado hablando de fechas. ¿Qué le parece, señor Glover?

Ofelia alzó su mano, mostrando en ella la sortija de compromiso. Warren miró la joya, dirigió una veloz y sombría mirada a los bellos ojos azules de la joven y graznó:

—Muy bonita. Enhorabuena a los dos… Les deseo mucha felicidad. Adiós, y encantado de conocerle, señor Thorne.

—Lo mismo digo, señor Glover.

Media hora más tarde, Warren Glover, de nuevo en el despacho de su jefe, acababa la explicación sobre la última entrevista sostenida con el anciano inválido.

—Está bien —suspiró Lowell—. El caso es tan interesante que convendría dedicarle el máximo interés, Warren.

—Pero no puedo hacer nada. ¿Cómo voy a buscar a seis tipos diferentes de los cuales sólo tengo una descripción general?

—Pues no hagas nada. ¿No habíamos quedado en que mañana y pasado tomarías tu descanso?

—Sí, pero… Bueno, había pensado dedicarme a pensar, tumbado al sol, pero me parece una actitud poco digna por mi parte, señor. Yo creo que debería unirme al equipo que está buscando al Joyero.

—Oh, vamos, Warren, no seas exagerado —refunfuñó Lowell—. Llevas un ritmo de trabajo escalofriante últimamente. No puedes hacer nada, por el momento, en el asunto del viejo Howard. En cuanto a lo del Joyero, se están siguiendo todas las pistas o detalles que tenemos y no precisamos tu ayuda para nada, por ahora. Llevas tres días viajando en coche sin descanso, durmiendo por ahí. Demonios, vete a tu apartamento, duerme de un tirón diez horas y luego te vas a tomar el sol a tu club, hombre. Si hubiese algo te avisaría inmediatamente. ¿Okay?

—Okay —aceptó Warren—. La verdad es que estoy algo

cansado. Buenas tardes, señor.

—Adiós, Ah, oye: ¿no has visto a la nieta?

—¿A qué nieta?

—A la tuya, si te parece. La nieta del señor Howard, hombre. ¿Cuál iba a ser?

—Ah, sí. La vi. Se va a casar.

—¡Cómo! ¿No has conseguido que se enamorase de ti? Vaya, Warren, estás perdiendo facultades… Y además la chica te gusta, ¿verdad?

—¿Gustarme? ¿De dónde saca usted semejante tontería?

—Pues te lo diré, ya que lo preguntas: jamás, nunca, hasta ahora, me habías dicho nada sobre lo preciosa que es una chica ni lo bonitas que tiene las piernas. Y me consta que has visto muchas. Además, te noto un poco distraído y de cuando en cuando frunces el ceño, como quien piensa algo que no le gusta. Y no es por asuntos del trabajo, pues entonces tu expresión es diferente.

—Usted me ha estudiado a fondo, según parece, señor.

—Así es. Llevas tres años conmigo, de modo que he tenido ocasiones y tiempo. Dime: ¿qué piensas hacer?

—Dormir.

CAPÍTULO V

Ofelia Howard se miró al espejo de su tocador, absorta. Era muy bonita, tenía veintidós años, una sortija de pedida y un hombre que aseguraba no repararía en sacrificios para hacerla feliz. Muy bien… Entonces, ¿por qué no se sentía feliz desde aquel mismo momento? Habría sido lo más normal…

Se volvió rápidamente hacia la puerta del dormitorio, respingando, al oírla abrirse lentamente. La vacilante figura de Norman Howard apareció en el umbral.

—Abuelo —suspiró la muchacha—. ¡Qué susto me has dado! ¿Se puede saber qué haces de pie?

—Pues estoy caminando —gruñó el viejo—. ¿O no?

—Estás caminando y eso es lo que no deberías hacer.

—¿Y por qué no he de caminar si mis piernas aún me sostienen?

—Porque te sostienen tan poco que, puedes caer en cualquier momento y romperte la cabeza, motivo por el cual el doctor Mattewson ordenó lo del sillón de ruedas. ¿Cuántas veces se te ha de dar la misma explicación?

—¡Al diablo ese médico cretino!

—El doctor Mattewson no es ningún cretino… Te ayudaré a volver a tu dormitorio. Y no insistas en estas excursiones nocturnas. Si quieres dar un paseo, me llamas, y yo te ayudaré. Sólo así es conveniente que…

—Está bien, está bien… Ya sé esa canción. Y no he venido a cantarla. Vamos a ver: ¿cuándo piensas casarte con ese anciano?

—¿Con qué anciano? —exclamó la muchacha.

—¡Con Maxwell Thorne! ¡Por todos los demonios, tiene dieciocho años más que tú, así que es un anciano para ti! Ya sé que es un buen hombre, que te adora… ¡Al demonio con eso! ¿Qué me

dices del señor Glover?

—¿De…, del señor… Glover? —Palideció Ofelia.

—Ajá… De tu gorila con corbata.

—¡No es mi gorila!

—Pues debería serlo.

—¡Abuelo!

—¡Al demonio! Glover tiene treinta años, es alto como una «sequoia» y fuerte como…, como un gorila. Además, es inteligente y guapo. ¿O no lo es?

—No sé…

—¿No sabes? Entonces, ¿por qué te quedas como atontada al verlo marchar? Te pasó el otro día y también hoy. Y lo mismo le pasa a él cuando te ve.

—No digas tonterías, abuelo.

—No son tonterías. Te daré un consejo: ve a buscar al señor Glover y cásate con él.

—¿Cómo puedes decir eso? —Se sobresaltó Ofelia—. Hoy mismo, Max me ha comprado la sortija, él me quiere…

—Y hasta ahora tú te has dejado querer. A mí no me engaña una jovencita como tú, entérate. ¿Qué sientes hacia Max? ¿Agradecimiento porque nos ha estado ayudando desde hace algún tiempo, solucionando nuestros problemas? Cierto que nos prestó algún dinero, pero…

—También la casa es de él, abuelo.

—¿Y qué? ¿Qué importa una casa? Nos vamos a otra. Y si no, compramos una tienda de «*camping*».

—¿Cómo ibas a vivir tú en una tienda de «*camping*»? —Intentó reír Ofelia.

—¿Acaso lo estás haciendo todo por mí?

Se quedaron mirándose. Ofelia abrió la boca, pero no supo qué responder. Norman Howard, muy pálido de pronto, también estuvo unos segundos en silencio, comprendiéndolo todo.

—Te diré algo, Ofelia —murmuró—. Yo no viviré ya mucho. Eso es natural, y lo he aceptado ya. Pero tú sí vivirás aún muchos años, seguramente. Y también Max, pues es fuerte y sano. Cuando yo haya muerto comenzarás a pensar si tu sacrificio ha valido la pena y te encontrarás con que toda tu vida tendrás que compartirla con Max o, al menos, la mayor parte de tu vida, ya que nuestra religión

no acepta el divorcio. Es muy posible que, además de sentirte desgraciada, empieces a sentir odio hacia Max, al cual no amas realmente. Y ninguna de las dos cosas me parece justa: ni tu odio hacia el buen Max ni tu sacrificio para toda la vida. Max no merece que lo engañes, por otra parte. Dile que le estás muy agradecida, pero que eso es todo.

—No puedo hacer eso ahora, abuelo —murmuró la muchacha.

—¿Por qué no? ¿Cuándo vas a volver a verlo?

—Mañana por la tarde.

—Qué bien… Pues se lo dices y en paz. Y que se lo tome como mejor le parezca. Si es por dinero. —Norman Howard se echó a reír, divertido—, no te preocupes. Todavía tengo recursos, jovencita.

—No es eso, abuelo. Pero… No sé… Durante estos meses he dejado que Max nos ayudara, él está convencido de que le quiero y ahora que las cosas empiezan a irnos bien no sería justo que…

—Tonterías… ¡Tonterías! Max será el primero en comprenderlo, qué demonios. Así que mañana por la tarde se lo dices.

—Creo que no haré tal cosa, abuelo.

—¿No? Ya lo veremos…

—Te ayudaré a volver a tu cuarto…

—¡Al demonio! Yo no necesito ayuda de nadie para hacer lo que me interesa. Buenas noches, jovencita.

CAPÍTULO VI

Ofelia detuvo el auto en el *parking* del Sailing Club, se apeó y miró a su alrededor, entornando los ojos para protegerlos del radiante sol primaveral. Tras ella estaba el edificio del club; delante, el mar, sobre cuya azul superficie se veían los pequeños balandros navegando a toda vela hacia el horizonte; en la playa había numerosos bañistas y personas que paseaban por el embarcadero o tomaban el sol tendidos en la arena. Era un estupendo lugar, no cabía duda.

De pronto se fijó en el hombre que caminaba por la playa, en dirección al *parking*. Un coloso bronceado, que iba poniéndose un albornoz listado en negro y amarillo. El corazón de Ofelia Howard dio un salto tremendo y luego pareció quedar detenido, hasta que el coloso, o quizá el gorila, aunque esta vez sin corbata, quedó ante ella, mirándola fijamente, con curiosidad. Se le veía parte del velludo tórax, las no menos velludas y fortísimas piernas, el cuello que parecía un seco tronco de roble, duro y fuerte. Algunas gotas de agua se deslizaban todavía por su cabeza, desde los largos cabellos rubios. Era tan impresionantemente alto y fuerte que Ofelia comenzó a sentirse pequeña, diminuta.

—Buenos días, señorita Howard —saludó Warren Glover—. Entiendo que su abuelo le ha entregado un mensaje para mí.

—Yo… No sé… Él no me dijo que era para usted.

—¿No?

—Dijo que tenía que traer aquí un sobre y que avisaría por teléfono a la persona encargada de recibirlo, y que me estaría esperando.

—Bien… Su abuelo me llamó antes al teléfono del club y me dijo que la enviaba a usted con un sobre para mí. ¿Quiere dármelo,

por favor?

—Pero yo no…, no entiendo por qué mi abuelo ha hecho esto…

—Yo tampoco. Pero voy a decirle algo. ¿Ve usted aquellos balandros, a lo lejos?

—Desde luego.

—Pues yo tendría que estar allá con el mío, gozando de la brisa del mar. Si es tan amable de darme el recado de su abuelo, podré por fin hacerme a la mar. ¿Es mucho pedir?

Ofelia parpadeó. Recogió el sobre de dentro del coche y lo entregó a Warren, en silencio. El agente sacó el papel que contenía, lo desdobló y leyó:

> «Señor Glover: Esta tonta que tiene ante usted está dispuesta a casarse con Maxwell Thorne por simple agradecimiento a las bondades de éste. ¿Le parece que es una boda acertada? Saludos,
>
> »Norman Howard».

Warren Glover alzó la cabeza y se quedó mirando, estupefacto, a Ofelia Howard. Por la expresión de la muchacha comprendió que ella no tenía la menor idea del contenido del mensaje, que había llegado en sobre cerrado.

—¿Hay alguna respuesta para mi abuelo? —musitó ella.

—Humm… No sé todavía. No sé qué pensar, francamente.

—Es extraño todo esto, señor Glover. Mi abuelo nunca tuvo dificultades con el Fisco. Y menos en los últimos tiempos, que no han sido precisamente buenos. ¿No puede explicarme lo que ocurre realmente? ¿Por qué ese interés del Fisco por mi abuelo?

—Es un poco largo de contar y, francamente, estoy impaciente por salir en mi balandro. Quizá en otra ocasión pueda explicárselo, ya que, al parecer, su abuelo no tiene deseos de hacerlo.

—Mi abuelo no tiene secretos para mí, señor Glover —enrojeció la muchacha—. La verdad es que a él no le he preguntado nada aún. Pero lo haré. ¿Sabe él de qué se trata, supongo?

—No exactamente… Su abuelo es una buena persona, señorita Howard, si es eso lo que la preocupa. Lo que ocurre… Vaya, se me

está haciendo muy tarde ya… ¿Ha navegado usted alguna vez?

—¿Yo? Pues no… Nunca se me ha ocurrido.

—¿De veras? —Se pasmó Warren—. Esto es asombroso. Para mí, claro, no hay nada mejor que el mar. ¿Le gustaría dar una vuelta en mi balandro? Apuesto a que se entusiasma tanto como yo… Y podría explicarle eso que tanto la preocupa.

—Pero yo no sé nada de navegar… No, no…

—¿Tiene algo que hacer esta mañana?

—No, pero… Además, no voy vestida adecuadamente…

—Eso es cierto —admitió Warren—. Venga conmigo: vamos a solucionar eso inmediatamente. A menos —el agente se detuvo en seco, como asaltado por un repentino pensamiento molesto— que usted prefiera mantenerse alejada de mi desagradable persona.

—No he dicho eso, señor Glover, no…

—Venga conmigo.

—Pe-pero…

Warren la tomó suavemente de un brazo y la llevó hacia el gran embarcadero, donde se veían anclados un par de blancos y grandes yates. Subieron a bordo de uno de ellos y fueron directamente a la cubierta de popa, donde, a pleno sol, en ropa de baño, una mujer y un hombre de edad mediana y aspecto sumamente agradable leían al sol plácidamente. Ambos alzaron la cabeza al notar la presencia de otras personas y sonrieron a la vez, en el acto, al reconocer al policía.

—Ah, Warren —exclamó la dama—. ¿Qué pasa con usted? ¿Por qué no ha salido a la regata? ¿No sabe que aposté a que usted la ganaría? ¿Verdad, James?

—Verdad —asintió enérgicamente el hombre—. Y yo también hice lo mismo. Mucho me temo que su deserción nos va a costar cien dólares que tendremos que pagar a los Kenwater, muchacho.

—Lo lamento de veras —sonrió Warren—. He tenido que atender un pequeño asunto de negocios. Les presento a la señorita Ofelia Howard. Ellos son James y Susan Hogan… Un matrimonio feliz con una sola ambición en la vida rodearse de gente también feliz.

James Hogan tendió la mano a Ofelia, tras ponerse en pie, y luego guiñó un ojo a Warren. Susan la saludó con un gesto y dijo, sonriente:

—Si sus negocios con la señorita Howard son los que le han impedido participar en la regata, le felicito, Warren. Es muy bonita.

—Eso pienso yo —sonrió también Warren—. La verdad es que el encuentro con ella ha sido inesperado. He pensado dar un paseo simple en el balandro, pero ella no dispone aquí de ropa adecuada y he pensado que Susan sería tan amable de prestarle algo…

—¡Por supuesto que sí! —exclamó la dama, poniéndose en pie —. Venga conmigo, querida.

Un poco aturdida, Ofelia se fue con la señora Hogan hacia el interior del espléndido yate, mientras Warren, a una seña de Hogan, se sentaba ante éste, negando con un gesto el ofrecimiento que hizo el «yachtman» señalando la mesita donde se veían botellas.

—¿De verdad apostaron por mí?

—Por supuesto, muchacho. Y sabíamos que íbamos a ganar. Ha sido una lástima.

—Ciertamente. Sin embargo, señor Hogan, voy a hacerle una confidencia para que quede compensado de esto: apueste el doble mañana. O el triple… Yo nunca defraudo a mis amigos.

—¡De acuerdo! —rió Hogan—. Mañana le diré a Kenwater que doble o nada. Espero que se diviertan con el paseo en el balandro.

Estuvieron charlando tinos minutos más, hasta que reaparecieron las mujeres. El agente se puso en pie rápidamente al ver a Ofelia ataviada con unos blancos *shorts* y un jersey a rayas horizontales de varios colores; tragó saliva y miró en seguida a Susan Hogan.

—Se lo agradezco mucho, Susan.

—Ha sido como vestir a una muñequita —rió la dama, mirando maliciosamente a Warren—. Caramba, querido, no se puede dudar que usted tiene un gusto exquisito… para todo. ¿Piensan ir muy lejos?

—Oh, no…, la señorita Howard no ha navegado nunca, así que daremos una prudente vuelta por aguas tranquilas.

—¿Eso piensa, realmente? —Frunció el ceño James Hogan—. Vaya, Warren, yo habría jurado que usted conocía mejor el mar: observe aquellas crestas blancas a lo lejos. Eso significa…

—Oh, sabré desenvolverme. Gracias por todo y hasta luego. Ya nos veremos.

—Será mañana… —dijo Susan—. Nosotros zarparemos pronto

hacia Santa Catalina, para pasar allí unas horas.

—Ah, bien… Hasta mañana, entonces.

Se despidieron todos, y Warren y Ofelia abandonaron el yate. Poco después, el agente empujaba su balandro hacia las primeras olas, y, por fin, saltó a cubierta, y desplegó la vela, que en el acto se hinchó; el balandro dio una brusca cabezada y el agente, tras asegurar la vela, pasó a tomar la caña del timón, señalando el banquillo central a Ofelia.

—Agárrese a esa cuerda; yo le iré indicando hacia qué lado del balandro debe inclinarse. ¿De acuerdo?

Ofelia asintió con la cabeza. Estaba asustada, pero hacía lo posible por disimularlo. Warren se había quitado el albornoz, y toda su musculatura resaltaba al sol de un modo apabullante. A todo viento en la vela, describiendo una suave curva debido a la dirección del viento, fueron desplazándose mar adentro, y no tardaron mucho en llegar a la zona de blancas crestas que había señalado James Hogan. A partir de ese momento cambió el cariz de las cosas el balandro comenzó a dar bandazos de un lado a otro, y Warren, sosteniendo con firmeza la caña del timón, iba gritándole indicaciones a Ofelia, que pasaba de un banco a otro, echándose hacia fuera de la borda, siempre bien sujeta a la cuerda con ambas manos. En pocos minutos, la muchacha comprendió el sistema, y comenzó a actuar por su propia cuenta. Tenía los ojos muy abiertos por la emoción, todos los nervios en tensión, y estaba claro que en aquellos momentos nada en el mundo tenía más importancia que navegar. El agua los salpicaba a ambos profusamente, pero eso no tenía la menor importancia…

—¡Muy bien! —gritaba Warren—. ¡Estupendo, señorita Howard! ¡A estribor ahora!… ¡Perfecto! ¡No cambie todavía; no…! ¡Ahora…! ¡Muy bien!

El viento cambió de pronto de dirección, y el agente se sobresaltó. Con un compañero habituado a aquello, ni se habría alterado, pero, como era de temer, Ofelia Howard comenzó a cometer errores. El balandro empezó a dar saltos de lado por encima de las olas con blancas crestas…

—¡Venga aquí! —gritó Warren—. ¡Venga aquí, a tomar el timón! ¡Yo haré eso! ¡No! ¡No suelte la cuerda ahora!…

Pero Ofelia ya había soltado la cuerda, pasando todo el peso de

su cuerpo al centro del balandro… Fin. La gran vela triangular recibió de lado toda la potencia del aire, y, sin contrapeso, el desenlace fue absolutamente lógico: naufragio consumado. El balandro quedó de lado, con toda la vela en el agua.

Warren nadó hacia la muchacha, la asió por la cintura y ambos nadaron hasta sujetarse en la borda de la volcada embarcación. Ofelia quiso decir algo, pero una ola pasó por encima de ambos. Cuando su rostro volvió a quedar visible, mostraba el lógico espanto ante la situación, pero Warren la llevó hacia el otro lado, y la situación mejoró notablemente.

—No se suelte… —jadeó—. Esto no tiene la menor importancia. Es corriente en los balandristas. ¿Sabe nadar, supongo?

Ella asintió con la cabeza, mientras miraba despavorida a todos lados.

—¿Qué…, qué vamos a hacer ahora…? —gritó.

—Usted, nada. Yo quitaré la vela y el mástil, y podremos enderezar el balandro, espero. Tranquilícese. Y no deje de sujetarse aquí, pase lo que pase. ¿Se está divirtiendo?

Ofelia Howard miró al agente con expresión desorbitada, como considerándolo loco. Pero, de pronto, comprendió todo el auténtico significado de la pregunta, palabra por palabra. ¿Se estaba divirtiendo, sí o no? La respuesta que se dio a sí misma la dejó asombrada.

—Mucho —admitió de pronto, sonriendo.

—Me alegro —sonrió el policía a su vez—. Lo estaba usted haciendo muy bien, pero cambió la dirección del viento. No se aflija… Esto nos ha pasado a todos docenas de veces. ¿Tranquila?

—Sí… Tranquila.

—Okay… Vamos a ver qué se puede hacer.

Lo que se podía hacer era muy poco, pues el fuerte oleaje impedía trabajar adecuadamente a Warren. Consiguió soltar la vela, que quedó flotando, por el momento. Luego se dedicó al mástil…, y cuando estaba comprendiendo que el balandro iba a hundirse, apareció el yate, grande y poderoso, con James Hogan asomado a la borda, riendo.

—¡Warren! —gritó—. ¿Necesita ayuda?

Warren Glover comenzó a refunfuñar ante la broma. Ayudó a Ofelia a llegar hasta la blanca escalerilla de madera que Hogan

colocó en el costado del yate.

—Nosotros vamos hacia Santa Catalina, como le dije, Warren. ¿Vienen a divertirse un poco allá o los llevamos al club? Francamente, nos gustaría tenerlos como invitados.

Warren miró a Ofelia, dispuesto a decir que preferían volver al club. Pero se quedó mirando los ojos azules, parpadeó, y dijo:

—Bien… Yo tengo fiesta hoy, pero no sé… ¿Qué dice usted, señorita Howard?

—Deberíamos volver… Mi abuelo no sabe…

—Podemos llamarlo por el radioteléfono —dijo Hogan—. Vamos, vamos, no pueden desairarnos, señorita Howard.

—Bueno, yo… No sé…

—Está decidido, está decidido —aseguró Hogan—. Susan, ve a darle ropas secas a la señorita Howard: yo me ocupo del volante. Nos ocuparemos de rescatar al balandro en Santa Catalina, y cuando volvamos podemos llevarlo a remolque, sin aparejos. ¿De acuerdo, Warren?

—Por mí, sí, señor Hogan. Y encantado. Pero veamos qué decide el señor Howard… ¿Lo llama usted, Ofelia, o lo hago yo?

—No… Yo le hablaré —musitó la muchacha.

CAPÍTULO VII

Ofelia detuvo su auto delante de la entrada al garaje de la pequeña casa, y se volvió hacia el agente.

—¿Cómo volverá ahora a su domicilio, señor Glover? Dejó su coche en el club por venir conmigo…

—Tomaré un taxi; no será difícil encontrar uno cerca de aquí. Sólo son las nueve y media… Me gustaría entrar a saludar a su abuelo, Ofelia.

—Bueno, yo… preferiría que no. Veo el coche de Max, de modo que él debe estar en la casa, esperándome.

—Tenemos una explicación que darle. No quisiera que él…

—Yo se la daré. Y hablando de explicaciones, señor Glover, usted aún no me ha dicho qué es lo que ocurre entre el Fisco y mi abuelo.

—Es cierto —se asombró Warren—. Bueno, ya le dije que era un poco largo de explicar. No me parece éste el momento adecuado.

—Lo comprendo. Bien… Veamos cómo se toma Max lo ocurrido el día de hoy.

—Si prefiere que yo entre en la casa y le explique…

—No, no. De veras.

—En ese caso, será mejor que me marche ya… Espero que haya pasado un día agradable.

—Así es.

—Se está bien en Santa Catalina… Y no es lo mismo navegar en un yate como el de los Hogan que en un pequeño balandro, ¿no es cierto?

—Ha sido un día maravilloso para mí, señor Glover.

—Me alegro… Los Hogan son personas muy agradables, ¿verdad?

—Sí… Los Hogan son muy agradables.

Se quedaron mirándose. De pronto, Warren salió del coche, se asomó por la ventanilla, y musitó:

—Adiós, Ofelia.

—Adiós, señor Glover.

El agente se fue, y Ofelia entró con el coche en el garaje. Poco después, entraba en la casa, donde, efectivamente, Maxwell Thorne la estaba esperando, acompañando a Norman Howard, que miró a su nieta escrutadoramente. Thorne se puso en pie rápidamente, y acudió a su encuentro.

—Ofelia, ¿estás bien? —exclamó.

—Sí, sí… Hola, abuelo.

—Hola —mascculló el anciano.

—¿De verdad estás bien? —insistió Thorne.

—De verdad. Ocurrió que…

—No importa… No importa, querida. Estás bien, y no necesito saber más.

—Eres muy delicado, Max… La verdad es que estoy muy cansada. Mañana te lo explicaré todo.

—Bueno… Yo había pensado que podríamos salir esta noche, Ofelia. No, no —se apresuró a añadir—: si estás cansada, lo dejaremos. Estás bien, y eso es todo lo que importa.

—Sí —musitó Ofelia—. Tendremos mucho tiempo.

—Desde luego —sonrió él—. ¿Te parece que mañana almorcemos juntos? Pero no para que me des explicaciones, no… quiero…

—Lo sé, Max, lo sé.

—Bien… ¿Paso a buscarte a las once? ¿Te parece bien?

—Sí… A las once.

—Pues no quiero molestarte más. Que descanses, querida —la besó en una mejilla, tras vacilar, sin duda debido a la presencia del anciano—. Hasta mañana. Adiós, Norman.

—Adiós, Max —murmuró Howard—. ¿Y bien? —Gruñó de pronto—. ¿Cómo te ha ido con el gorila con corbata?

—Fue una trampa tuya, abuelo… ¿Verdad?

—¡Sí, señor, fue una trampa mía, y has caído de lleno en ella, jovencita, cosa que yo sabía! ¡Vamos, eso es lo normal! Insisto en que Max es un buen hombre, pero… ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé —susurró Ofelia—. No lo sé, abuelo.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, cuando terminó la regata, el millonario James Hogan comenzó a lanzar gritos de alegría desde su yate porque había ganado la apuesta a su amigo Kenwater. Efectivamente, la regata del día fue ganada por Warren Glover, cosa que no sorprendió a nadie en el Sailing Club, por otra parte.

—¡Te lo dije! —reía Hogan, dirigiéndose a Kenwater, que estaba con él en el yate—. ¿Quién sino Warren podía ganar?

—Bueno, es lo normal, ¿no? —refunfuñó el millonario Kenwater.

—¿Por qué apostaste contra él, entonces? —rió Susan.

—Por llevaros la contraria a vosotros. El día en que ese genio del mar pierda una regata me voy a reír como nunca en mi vida.

—¡De acuerdo! —rió Hogan—. ¡Mientras tanto, somos nosotros los que reímos! ¡Vengan los doscientos dólares!

Kenwater comenzó a refunfuñar.

—Ese muchacho no puede ganar siempre… ¡Ya llegara la mía!

Más allá, en la playa, rodeado de amigos que le felicitaban, Warren Glover captó el alegre saludo de los Hogan, y correspondió a él, riendo, alzando el brazo. Poco después, tras comentar algunas de las incidencias con algunos socios del club y otros balandristas, varios de éstos y el agente se dirigieron hacia los vestuarios, siempre cambiando impresiones y comentarios…, hasta que, al pasar cerca del *parking*, Warren Glover se detuvo en seco.

—Perdonadme un momento —musitó.

Se alejó del grupo, directo hacia su cochazo rojo, junto al cual de pie, estaba Ofelia Howard. Cuando llegó ante ella, la muchacha bajó un instante los párpados; cuando los alzó, y Warren pudo ver bien sus ojos, pensó que la vida podía ser maravillosa.

—Qué sorpresa, Ofelia… ¿Otro recado de su abuelo?

—No…

—Ah. Bien… Me pregunto qué hace en este club. ¿Es algo relacionado conmigo, quizá?

—He… he comprado un libro que se titula Navegación a vela, y he venido a enseñárselo, por si merece su aprobación.

La muchacha mostró el libro, que hasta entonces había estado ocultando a su espalda. Atónito, el policía tardó aún un par de segundos en tomarlo. Sin salir de su estupefacción, lo hojeó, antes de devolverlo.

—Parece un buen libro. Pero hay cosas que no se aprenden en los libros.

—Usted ha ganado la regata de hoy…

—En efecto. He tenido suerte.

—Lamento que ayer no pudiera participar por mi culpa. Yo… he llegado a la conclusión de que me gusta mucho navegar, y… y todo eso. No tengo balandro, ni nada, pero he pensado… que usted podría indicarme alguien para que me diese algunas clases prácticas… ¿Conoce alguna persona adecuada, señor Glover?

—Puedo pensar en ello —murmuró el aludido.

—¿Podría… presentarme ahora a esa persona?

—Mmm… Sí, por supuesto. ¿Puede esperar aquí unos minutos? O mejor sería que esperase en el bar del club.

—Lo que usted diga.

—Entonces, espere aquí. Serán sólo cinco minutos.

El agente se alejó. Reapareció exactamente cinco minutos más tarde, chaqueta al brazo. No llevaba corbata, que habría desentonado con su negro jersey deportivo. Llegó ante la muchacha, sonrió, y dijo:

—Entiendo que está usted buscando un profesor de navegación a vela, señorita Howard. Y creo haberle conseguido uno aceptablemente bueno y que no le cobrará las lecciones demasiado caras: yo mismo. ¿Qué le parece el candidato?

—Oh…

—Sin embargo, no podremos empezar las lecciones hoy mismo. Son las doce y cuarto, y sería mejor idea ocuparnos de almorzar. Podríamos comentar su libro, mientras tanto, si le parece bien.

—Yo… Sí, está bien, sí…

Warren señaló el coche, abrió una portezuela, y la muchacha entró. Luego lo hizo él, ante el volante. Lucía un sol espléndido, y desde el mar llegaba una suavísima brisa olorosa.

—Podríamos ir a almorzar a Palm Springs, y luego pasar la tarde allí… Es un lugar muy agradable, con diversiones para todos los gustos. ¿Bien?

—Sí… Bien… Lo que usted diga, señor Glover.

—Es usted realmente dócil, Ofelia. Piense que quizá lo que yo diga no sea de su agrado.

—No lo creo —musitó.

Warren Glover se desplazó un poco en el asiento, puso una de sus manazas en un hombro de Ofelia, obligándola a girar enfrentándola a él, y acercó su rostro al de ella; pareció que todo el rostro de Ofelia Howard se convirtiese en una gran mancha azul, luminoso, como si sus ojos fuesen haciéndose más y más grandes. Hasta que, de pronto, ella los cerró, y entonces Warren puso su bocaza en los tiernos labios de la muchacha. Notó cómo ella se tensaba un instante, pero en seguida se abrazó a él, a su cintura, y correspondió de tal modo al beso que el muchacho notó un tremendo vacío en el estómago.

Cuando separaron sus bocas, ella quedó con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, de lado, mirándolo fijamente, con una dulce sonrisa en aquellos labios que habían sumergido a Warren Glover en un sensacional y jamás vislumbrado paraíso.

—Bien —murmuró al fin Ofelia—. Ya tengo maestro para navegación a vela…

Warren se aclaró la voz, y masculló:

—Espero poder enseñarte algunas cosas más.

—¿Qué cosas? —sonrió dulcemente ella.

—Lo pensaré —volvió a besarla, más largamente que antes, más profundamente, y luego, casi tartamudeó—. Sí, lo… lo pensaré…

* * *

A las ocho de la noche, Warren Glover detuvo su coche delante de la casa de los Howard. Vio el de Maxwell Thorne aparcado allí cerca, y se dispuso a apearse, pero Ofelia le retuvo por un brazo.

—No, Warren… Yo le hablaré.

—Creo que él merece que le demos una explicación los dos,

Ofelia.

—Lo sé. Pero prefiero hacerlo sola. Te lo suplico: prefiero que no intervengas. Conozco bien a Max… El comprenderá, de seguro. Es mejor que te marches, ahora. ¿Nos veremos mañana, en tu club?

—Mañana reanudo mi trabajo. Sólo tenía dos días de vacaciones; pero te llamaré. Y ya que hablamos de mi trabajo —sonrió secamente— recuerdo que aún no te he dicho lo que hay entre tu abuelo y yo. Somos muy olvidadizos los dos, ¿no crees?

Ella puso una mano en el rostro del agente, sonriendo dulcemente, brillantes como nunca los ojos.

—Llámame mañana —murmuró—. Para entonces, todo estará arreglado.

—Siento el disgusto que va a llevarse Thorne —murmuró el agente—, pero esto son cosas que pasan.

—Me pregunto si estás diciendo que lamentas amarme, Warren.

—Te daré una buena respuesta…

Fue el último beso del día, y habría valido la pena filmarlo. Ofelia se desasió de pronto, suspiró, y salió rápidamente del coche. Warren la vio dirigirse hacia la casa, frunció el ceño, pero decidió que, puesto que Ofelia prefería arreglar las cosas a su manera, él no tenía derecho a intervenir. La vio entrar en la casa, y entonces se alejó, lentamente…, sin prestar la menor atención a un coche que, desde uno de los lugares menos iluminados de la avenida, se puso también en marcha, detrás del suyo.

Mientras tanto, Ofelia entró en la casa, y, como la noche anterior, Maxwell Thorne se puso en pie al verla. Estaba muy pálido, y, por su expresión, Ofelia comprendió que su abuelo le había explicado lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento, Max —murmuró.

—Te estuve esperando para almorzar —dijo él.

—Lo siento de veras… Ya sé que no tengo disculpa. Podría intentar explicarte lo que siento, pero no sé si me entenderías.

—Creo que sí —sonrió tristemente Thorne—. En realidad, yo siempre me decía que tu amor era demasiado para mí. Jamás he sido un hombre afortunado.

Era una situación penosa, y Ofelia palideció ligeramente.

—Lo lamento tanto, Max… No creas que te he engañado… Al aceptarte, lo hacía sinceramente. Si no hubiera aparecido Warren,

yo… habría seguido adelante, pero…

—Lo comprendo, Ofelia.

—Te ruego que no me guardes rencor. No he podido evitarlo… Sé que te debo parecer horriblemente cruel, pero quisiera…

—No te preocupes. He encajado otros muchos golpes en mi vida. Te juro que no te guardo rencor, Ofelia. Te comprendo, de veras.

—Eres tan bueno… Nunca olvidaremos que te debemos mucho mi abuelo y yo, Max. Has hecho tanto por nosotros… Y esta casa… Nos iremos en cuanto tú quieras, ya nos arreglaremos. Sé que te parezco ingrata, y quizá tengas razón…

—No eres ingrata, sino una chica normal. Lamento perderte, pero sería repugnante por mi parte insistir en lo nuestro. Respecto a la casa, no tengo ninguna prisa para que la abandonéis. Por mi parte, sigo considerándome amigo vuestro. Digamos… que casi nada ha cambiado. Bien, es mejor que me marche ya… Adiós, Norman.

—Adiós, Max —musitó el anciano.

Ofelia acompañó a Thorne hasta la puerta, y allí le devolvió el anillo de compromiso, muy violenta. Thorne lo guardó, sin mirarlo, con un gesto lento, resignado. Luego, tendió su diestra a la muchacha.

—Espero que seas muy feliz, Ofelia. Y si me necesitas para algo alguna vez, sea lo que sea, no vaciles en acudir a mí.

—Perdóname, Max.

—No seas tonta. Te quiero, de modo que me sería imposible guardarte rencor. Hasta siempre, Ofelia.

Cuando Maxwell Thorne se hubo ido, Ofelia se dejó caer en un sillón, y miró a su abuelo, que comentó:

—Un buen hombre, y un gran perdedor. Se le pasará, Ofelia, no te preocupes demasiado. Has sido más buena así que si hubieras aceptado casarte con él… ¿Y el… gorila con corbata?

CAPÍTULO IX

Warren Glover detuvo su coche ante un semáforo recién encendido en rojo. Encendió un cigarrillo, atento solamente al inminente cambio de color del disco. Vio el otro coche detenido junto al suyo, pero lo ignoró. En realidad, ni siquiera lo vio. Estaba allí, y eso era todo.

Sin embargo, sí comprendió que algo iba a cambiar mucho al darse cuenta de que la puerta izquierda de atrás de su coche se abría… Un hombre entró en su coche, se sentó en el asiento de atrás, y dijo:

—Sin alterarse, amigo. Siga adelante…, pero detrás del auto que conduce mi compañero.

Por el retrovisor, Warren Glover vio la pistola con tubo silenciador que empuñaba su inesperado pasajero. Luego, miró de reojo al otro auto, y vio al tipo que estaba ante el volante, mirándole a él. Sin alterarse lo más mínimo, con el cigarrillo en los labios, reanudó la marcha cuando la luz cambió, colocándose detrás del otro coche.

—Espléndido —comentó su pasajero—. Con gente como usted da gusto tratar, señor Glover. Supongo que no va armado.

—Supone mal —dijo fríamente Warren.

—¿Está bromeando? —susurró el otro—. ¿Para qué quiere un arma un agente del Fisco?

—No soy agente del Fisco. Su información es pésima.

—¿De veras? Bien… ¿qué es usted?

—Agente de policía.

El desconocido lanzó un fuerte respingo, pero, en seguida, se echó a reír.

—¿Pretende asustarme? —farfulló.

—Usted sabrá si un agente le asusta o no. Yo me limito a advertirle del lío en que se está metiendo. Será mejor para todos que lo piense bien, antes de hacer lo que tiene proyectado.

—¿Se le ocurre qué puede ser? —rió ásperamente el otro.

—Pueden ser muchas cosas, y ninguna buena. ¿Les envía Maxwell Thorne a darme una lección, quizá?

—¿Quién?

Tan sólo por el tono de voz del hombre, Warren comprendió que no tenía la menor idea de quién era Maxwell Thorne. La idea de que Thorne hubiera recurrido a un par de matones para dar una paliza a quien le había quitado la novia había sido un tanto pueril, pero ésas son cosas que pasan a veces. No obstante, fuera como fuese, no era Maxwell Thorne quien había enviado a aquellos hombres. Pensó en Norman Howard, que podía tener su propio juego en aquel asunto del dinero que le ingresaban en su cuenta del banco, pero también lo desechó. Norman Howard sabía muy bien que él era agente. Claro que podía haberles dicho otra cosa a aquellos dos tipos, pero no podía ignorar que la policía se le echaría encima de un modo u otro, ya que en el Departamento, y eso lo sabía muy bien Norman Howard, estaban enterados de que el agente Glover atendía un caso que había provocado el anciano inválido. No… Ni Thorne ni Howard habían enviado a los dos matones. Entonces… ¿quién? ¿Y por qué? ¿Alguna venganza?

—Ha quedado muy callado, señor Glover.

—He dicho cuanto tenía que decir. Sólo diré una cosa más: le aconsejo que en la próxima parada ante un semáforo, salga del coche, y desaparezca. Podemos dejarlo así, y le aseguro que le conviene el trato.

—Usted es un fanfarrón con sangre fría, pero nada más. Siga detrás de mi amigo, y ya no hay más que hablar. Yo también le diré una cosa más: si usted aparta las manos de ese volante para algo más que no sea los cambios de marcha, le meteré un par de balas en la cabeza… ¿Lo ha entendido?

—Perfectamente —asintió Warren.

Casi media hora más tarde, el primer coche se detenía, a la derecha de la Seaside Road; a la izquierda, y bastante abajo, al pie del borde, el mar se lanzaba contra las rocas, alzando grandes masas de blanca espuma, algunas de las cuales llegaban a verse

desde la carretera, brillantes a la luz de la luna. Espaciadamente, pasaban algunos coches, a buena velocidad, unos hacia Los Ángeles y otros alejándose de la gran ciudad.

Sin necesidad de que se lo ordenaran, el agente detuvo también su auto, y quedó con las manos sobre el volante, mirando por el retrovisor al pasajero. Se dio cuenta de que éste se estaba desplazando en el asiento de atrás, buscando el modo de salirse del ángulo visual del retrovisor, y, en ese mismo instante, comprendió que el auténtico peligro había llegado. Pero, cuando su instinto se lo advirtió, ya era demasiado tarde… Quiso moverse, desplazarse hacia la derecha, presintiendo lo que iba a ocurrir… y ocurrió.

Recibió un tremendo golpe en la cabeza que lo tiró de cara contra el volante, rebotó, y quedó tendido de lado en el asiento, como paralizado a pesar de que sabía que, en medio de aquel intenso dolor, de aquella sensación de que su cabeza estaba estallando lentamente, se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor, de un modo vago, incierto. Ni siquiera pudo moverse cuando, con los ojos cerrados, supo que el hombre se había inclinado hacia él por encima del respaldo, y le estaba registrando.

Supo que le quitaban la pistola, y algo más; oyó el respingo del hombre, y casi en seguida el ruido de una portezuela. Como si fuesen viejos y lejanos recuerdos de su mente, lo estuvo oyendo todo, y presintiendo todo, incluso el sonido de un par de coches que pasaron velozmente. Los dos hombres estaban en el asiento de atrás. Evidentemente, el recién llegado fue quien hizo la pregunta:

—¿Qué ocurre?

—Nada. Está aturdido… Pero fíjate en esto: él me dijo que era policía, y es cierto. Mira: su credencial, su placa… Y la pistola.

—Maldita sea… El puerco de Lindall debió advertirnos eso…

—Quizá no lo hizo porque sabía que no habríamos aceptado el trabajo. Por todos los demonios, hace falta estar loco para cargarse a un agente, Kellog. ¿Qué hacemos?

—Hay que acabar este asunto, sin remedio. El hombre debe haberte visto, supongo.

—No muy bien… Pero ya conoces a estos tipos: en vez de ojos tienen cámaras fotográficas. Me recordaría perfectamente, dictaría mi rostro a uno de sus malditos dibujantes… ¡Y los dos estamos fichados! Me encontraría a mí, al menos, eso es seguro. Y si se

proponían hacerme hablar, te encontrarían a ti, a Lindall…

—Ya te digo que hay que terminar, Gurley. Ya nos las entenderemos luego con el puerco de Lindall… Pero hay que terminar, hay que hacerlo todo tal como lo habíamos planeado.

—Maldita sea… Ya era comprometido liquidar a un tipo del Fisco, pero… ¡a un agente del Police Department…! Sus compañeros se pondrán a buscarnos como lobos…

—Acabemos. No tenemos más remedio. Luego, ya veremos qué se hace. Pasa al volante. Y ten cuidado. Hay que dejar sus cosas donde las llevaba, o de lo contrario no parecería un accidente… Date prisa. No se ye ningún coche ahora. Te espero en el nuestro.

—Está bien.

Siempre como hundido en aquel mundo de negro dolor paralizante, notando ahora la viscosidad de la sangre en la parte posterior de su cabeza, Warren oyó el seco portazo, atrás. Luego, el rugir del motor. El coche se puso en movimiento… Su cerebro estaba emitiendo una agudísima señal de alarma: lo iban a matar. Lo iban a matar, parecía un accidente, y eso sería todo. Lo estaban haciendo muy bien; seguramente, ambos llevaban guantes, no dejarían una sola huella, ni el menor rastro de su presencia en el coche…, que se estaba moviendo. Pudo al fin abrir los ojos, y vio la silueta de un hombre ante el volante, junto a él, y como en una pesadilla de pronto, vio la espuma del mar, muy alta al ser lanzada contra las rocas, brillando a la luz de la luna. Lo iban a tirar por el acantilado. Lo iban a matar. Lo iban a matar. Lo iban a matar. Lo iban a…

Vio como el hombre que iba al volante abría la portezuela de su lado, y comprendió lo que iba a pasar: saltaría del coche, éste se estrellaría contra la valla metálica de zinc, y saltaría hacia el mar, contra las grandes rocas, para ir rebotando hasta llegar al agua, donde se hundiría… Sí, era como una pesadilla atroz para un hombre que se sentía paralizado, incapaz de moverse debido a los efectos de aquel espantoso golpe en la cabeza.

Vio saltar del coche al hombre, y, simultáneamente, lanzó un alarido que pareció hacer estallar por fin su cabeza, al tiempo que se movía en el asiento, empujaba la otra portezuela, y saltaba fuera del auto. Notó el fuerte impacto de su espalda contra el suelo, el gusto de polvo en los labios, y el cielo, la luna y las estrellas

parecieron dar miles de vueltas mientras él solamente daba tres o cuatro sobre el asfalto, oyendo el espeluznante crujido del auto contra la valla, que fue arrancada espectacularmente, empujada por el rojo, flamante, rutilante cochazo particular del agente, que saltó en el aire dando media vuelta, hacia las rocas, lanzando a todos lados diminutos pedazos de vidrio de los reventados faros.

El policía se encontró de pronto de rodillas en la carretera, a poca distancia del hombre que había saltado del coche, y que lo miraba con expresión de loco, mientras su boca se abría y se cerraba… Estaba gritando algo. Sí… Debía estar gritándole algo al otro, al que había dicho que le esperaría en el coche de ellos.

Warren Glover notó cómo su propia mano se estremecía, y, bajo su barbilla, pareció brillar un relámpago anaranjado. El otro hombre dio un salto, cayó de rodillas, se puso en pie como lanzado por un resorte automático, y se acercó al borde de la carretera, girando hacia la parte sin valla… Desapareció en la noche, como atraído por el gran ruido de hierro estrujado que se oía abajo muy débilmente, mezclándose con el fuerte rumor del mar.

El agente notó el tirón que parecían darle a su chaqueta deportiva, y supo que era una bala lo que acababa de perforarla, tirando de ella. Se dejó caer de lado, girando en busca del otro coche, y vio al hombre de pie junto a la portezuela, pistola en mano…

¡*Crack*!

Esta vez oyó mejor el disparo de su propia pistola, y vio cómo el hombre giraba, soltando su pistola, y se daba de bruces contra el coche. Cayó de rodillas, pero se puso en pie rápidamente, y se metió en el coche, que arrancó inmediatamente.

¡*Crack*!

El nuevo disparo del agente dio en la parte trasera del coche, pero sin conseguir ningún resultado positivo.

Se puso en pie, tambaleándose, y se agarró con la otra mano a lo que quedaba en aquella parte de la valla metálica. Un intenso escalofrío estremeció su cuerpo al ver abajo, convertido en un montón de chatarra, su coche, asomando solamente la parte posterior, por entre unas enormes rocas.

—¿Qué le ocurre? —Oyó—. ¿Está herido…?

—Tiene sangre en la cabeza —dijo otra voz—. Debe haber

sufrido un accidente. Para el primer coche que pase, y…

—Teniente… Lowell —murmuró Warren—. Lowell, del… Policial Department…

CAPÍTULO X

—Tranquilo —oyó—. Tranquilo, muchacho. Todo va bien.

—Esto no es nada para él —oyó otra voz, también conocida—: tiene la cabeza dura como el hierro.

Las imágenes se aclararon ante los ojos de Warren Glover, rápidamente. Lo vio todo muy blanco, y luego, a los dos hombres que estaban de pie junto a él. Los veía en una posición extraña… Él estaba en una cama, eso era. En una clínica, o en un hospital. El teniente Lowell y el agente Roy Samuels lo miraban con afecto, sonriendo.

—¿Cómo va esa cabezota? —preguntó Samuels.

—Estoy bien —dijo Warren.

—Seguro —aceptó irónicamente Lowell—. ¿Quién lo duda? Sólo tienes la cabeza un poco rota. Pero la debes tener muy dura, en efecto Bueno, como has despertado, quiere decir que todo va bien. Nos veremos mañana, Warren.

—Un momento —gruñó sordamente el policía—. No sé dónde estoy, pero sí sé que quiero salir de aquí. Tengo muchas cosas que hacer.

—Apuesto a que es cierto. Pero será dentro de un par de días, por lo menos, joven amigo.

—Será ahora. Le digo que estoy bien, señor. Muy bien, de veras.

—¿Sí? Pues prueba a levantarte, a ver qué pasa. Si consigues ponerte en pie, te creeré.

Warren Glover tiró a un lado las ropas de la cama, se sentó en ésta, y se puso en pie. Por una fracción de segundo, su cabeza pareció un tiovivo. Sólo eso. Roy Samuels rió quedamente, y lo señaló.

—Se lo dije, señor: tiene la cabeza de hierro.

—Demonios —masculló Lowell—. Bueno, bueno, me importa un pito que seas fuerte como un elefante, Warren: vuelve a la cama.

—Quiero mis ropas —dijo el agente—. Si no me las dan, saldré de este lugar en calzoncillos. ¿Cómo tengo que decir que estoy bien?

—Ve a buscar al médico, Roy —gruñó Lowell.

El otro agente regresó un minuto más tarde con el médico, que miró con el ceño fruncido a Warren, el cual insistió en que quería salir de allí. Hubo una breve discusión, que el médico terminó con estas palabras:

—Usted está loco… Si quiere salir, hágalo. Pero yo no voy a aceptar ninguna responsabilidad, y no firmaré su alta hasta pasado mañana. Eso es todo. Buenas noches.

Salió de allí, irritado. Warren fue hacia el armario, lo abrió, y vio sus ropas. La chaqueta estaba manchada de sangre y desgarrada, y manchado también de sangre el cuello del jersey.

—Dime una sola razón por la que no puedas estar aquí un par de días —gruñó Lowell.

—Tengo varias. Una de ellas es que debo dar parte a la compañía de seguros sobre el accidente de mi coche. Espero que me paguen uno nuevo.

—¡Oh, vamos, Warren…!

—Hay más: han querido matarme, y sé quiénes eran los encargados de ello. También sé quién los envió, así que iremos a preguntarle por qué han querido hacerlo.

Lowell y Samuels miraban estupefactos a Warren.

—¿Sabes quién envió a matarte? —musitó Lowell.

—Sí. Quiero ir al archivo. Sólo eso, señor. Me sentaré, tomaré café y un par de aspirinas, y me dedicaré a contemplar fotografías. Tengo fuerzas para eso, y para más.

—Bien… No sé…

—Uno de los asesinos profesionales cayó al mar, y…

—Ya han recuperado su cadáver, y lo llevamos a la Morgue.

—Está bien. Buscaremos al otro, y el nombre de quien los envió. El muerto se llamaba Gurley, ¿no es así?

—Sí… En efecto. Están buscándolo en el fichero, por si…

—Lo encontrarán. Lo encontraremos entre todos. El otro se llama Kellog, el que escapó; pero va herido. Y el que los envió se

llama Lindall, Con todos estos datos. ¿Quiere que me quede aquí, en la cama, como un inútil?

—Camina hacia la puerta —refunfuñó Lowell.

Warren acabó de ponerse los zapatos de gruesa suela, se pasó el jersey por la cabeza, y sin más caminó hacia la puerta, con absoluta seguridad. La abrió y señaló el exterior con una mano, mientras con la otra palpaba su vendada cabeza, sonriendo hoscamente. Lowell y Samuels cambiaron una mirada, y, por fin, el teniente del Policial Department de Los Ángeles lanzó un resoplido.

—De acuerdo, iremos al fichero. Pero sólo eso, y te estarás sentado y tranquilo, bajo la vigilancia directa del doctor Bolder. Al menor síntoma de desfallecimiento, serás devuelto aquí… aunque sea con una camisa de fuerza. ¿Okay?

—Okay.

—Los vamos a encontrar —dijo duramente Samuels—. Si ese Kellog está herido, no podrá escapar fácilmente. Tendrá que esconderse, y eso nos dará tiempo para localizarlo en la ciudad. A menos que se haya marchado directamente de ella.

—No creo —dijo Warren—. Dijo que irían a pedirle cuentas al tal Lindall por no haberles advertido que yo era del Departamento. Y si estaba dispuesto a pedirle cuentas, también irá a pedirle ayuda. Puedes estar bien seguro de lo que has dicho, Roy: los atraparemos. Estén donde estén, los atraparemos.

CAPÍTULO XI

—Estás loco —jadeó Lindall—. ¡No has debido venir aquí, Kellog!

—¿Qué quería que hiciese? —Gruñó Kellog—. La culpa es de usted, por no habernos advertido que aquel tipo era un poli. ¡Y qué tipo! Yo habría jurado que estaba medio muerto cuando Gurley enfiló el coche hacia el mar… Y pudo saltar del coche, matar a Gurley, herirme a mí… ¡Usted tuvo que advertirnos qué clase de personaje teníamos que eliminar, maldita sea!

—¡Te digo que no lo sabía! A mí me dijeron que era un agente del Fisco… Un hombre que no tenía por qué resultar peligroso, ¿no te parece?

—Usted puede decir lo que quiera, pero Gurley está muerto, yo estoy herido, y todos estamos metidos en un gran lío. De modo que no voy a repetirlo más: como mi herida es de poca importancia, podré ocultarla, después de este vendaje, pero quiero salir del país inmediatamente, hacia México. Y quiero hacerlo con dinero. Usted verá lo que hace.

Lindall se pasó las manos por la boca, desesperado. Era un hombre menudo, pulcro, de sienes plateadas, ojos muy grandes, inteligentes, de tono clarísimo; sus manos eran delgadas, suaves, muy bellas. Daba la impresión de que sabía ser elegante en todo momento, como entonces, con su hermoso batín de seda azul. Estaba de pie junto al sofá colocado en el centro del *living* de su casa. Kellog ocupaba un sillón, frente a él, y lo miraba fijamente, esperando su decisión. Entre ambos, habían vendado aceptablemente la herida del brazo, y, aunque le venía muy pequeña, se había puesto una camisa de Lindall, y un jersey que se estiraba prodigiosamente, de modo que no se notaba en absoluto que estuviese herido, a no ser por la ligera palidez de su rostro.

La casa era espaciosa, decorada y amueblada con gusto exquisito; buenos cuadros, muebles caros, alfombras sensacionales… La única iluminación en aquel momento provenía de una lámpara de pie situada en un rincón destinado a lectura.

—No sé qué hacer —murmuró Lindall—. Yo no soy el jefe, ya te he dicho eso en más de una ocasión.

—Para mí, usted es el jefe, Lindall. Pero si no está capacitado para solucionarme este apuro, llame al jefe grande… Haga lo que quiera, pero insisto en que quiero largarme de aquí, y con dinero.

—No tienes derecho a exigir tanto. Sólo os hemos utilizado en pequeñas cosas sin importancia…

—Hasta hoy —cortó fríamente Kellog—. Ya sé que nos ha tenido usted como… reserva, y que no hemos hecho grandes cosas. Pero lo cierto es que nos hemos estado considerando empleados de usted, que hemos sido siempre discretos, y que si estoy en este lío es porque usted no me advirtió de que se trataba de un agente. Arregle este asunto, o todos vamos a pasarlo muy mal.

—¿Me estás amenazando?

—Claro.

Lindall palideció. Miró hacia el teléfono, vaciló, y, por fin, descolgó el auricular. Para marcar el número, tapó el aparato con su cuerpo. Segundos después, musitaba:

—Soy Lindall.

—¿…?

—Lo siento. Algo ha ido mal, y no sé cómo resolver esto…

—¿…?

—Sería mejor no hablarlo por teléfono. Kellog está aquí. Dice que tiene que salir de viaje y necesita algo de dinero para gastos.

—¿…?

—Sí; el viaje es urgente, o los competidores se nos van a echar encima muy pronto.

—…

—Sí… Sí, entiendo…

—…

—Sí… Sí, sí… Bien… De acuerdo.

Colgó y se quedó mirando a Kellog con expresión de alivio.

—Arreglado, Kellog. El jefe se encargará personalmente de ayudarte. Va a disponer una lancha para ti, y te llevará dinero al

embarcadero número 3. Tú ve allá, localiza una lancha llamada Marsopa, y espera. De momento, me dice que sólo podrá llevarte quince o veinte mil dólares… ¿Tendrás suficiente?

—Desde luego.

—Estupendo. Bien, ve para allá… Supongo que podrás conducir sin dificultad.

—Eso espero. —Kellog se puso en pie, frunciendo el ceño—. ¿Puedo saber quién es el jefe?

—No por mi parte. Si él quiere darse a conocer por ti, lo hará. Yo no tengo nada más que añadir. Y te aconsejo que no compliques las cosas. Estamos haciendo lo posible por ayudarte, ¿no es así?

—Así parece… —admitió de mala gana Kellog—. Hasta otra.

* * *

Veinte minutos más tarde detenía el coche cerca del embarcadero 3, y, tras apagar todas las luces, estuvo mirando a todos lados unos segundos. Por fin, miró Su reloj. Eran las tres y veinte de la madrugada y resultaba lógico que no se viera a nadie por allí. Salió del coche, se acercó al embarcadero, y dedicó un par de minutos a buscar la lancha Marsopa, sin dificultades, debido a la casi abundante luz. Bien… No había por qué impacientarse. Había llegado muy pronto allí, y seguramente el jefe se retrasaría unos minutos. Era lógico.

Ocho o diez minutos más tarde, llegó otro auto, que se detuvo cerca de donde él había dejado el suyo. Vio apearse al hombre, mirando a todos lados, y sonrió secamente. Era de esperar que tomase grandes precauciones para no ser visto… Lo vio caminar hacia el embarcadero, tranquilamente, ya sin mirar a los lados. Era un hombre de estatura mediana, sin nada que le diese relieve personal alguno. Por fin, se detuvo en el borde de la lancha y se quedó mirándolo.

—¿Kellog? —murmuró.

—Sí, señor. ¿Ha traído el dinero?

—Desde luego —el hombre metió la mano en un bolsillo de la chaqueta—. Saldrás inmediatamente con esta misma lancha, en dirección a México, y…

Kellog se había acercado al borde de la lancha, por estribor y hacia proa, tendiendo la mano. Comprendía que el jefe no quería

subir a bordo, pero eso le tenía completamente sin cuidado, así como las instrucciones que se estaba molestando en darle.

Sólo que, de pronto, se dio cuenta de que lo que el jefe había sacado del bolsillo no era un fajo de billetes; ni siquiera un sobre… La luz brilló tenuemente sobre la superficie de la enorme pistola, y Kellog abrió la boca, aspirando ruidosamente aire, dispuesto a gritar su sobresalto.

Plop.

Kellog saltó hacia atrás, emitiendo, por fin, el grito, pero muy débil, ahogado. Giró, cayó de bruces sobre la cubierta, con los pies hacia proa, y quiso incorporarse, ayudándose con las manos…

Plop.

Esta vez la bala dio en la nuca de Kellog, y ya no hubo más preocupaciones en su vida. La parte frontal de la cabeza estalló espectacularmente al salir por allí el grueso proyectil… Todo el cuerpo de Kellog sufrió unas violentas sacudidas, los últimos estertores de la agonía. Luego, con las uñas casi clavadas en la cubierta de la lancha, quedó inmóvil.

Su asesino no se entretuvo lo más mínimo. Guardó la pistola, dio media vuelta y regresó a su coche, con el cual se alejó de allí pocos segundos después.

CAPÍTULO XII

Hacia las cuatro de la mañana, Warren Glover, ayudado por Roy Samuels, dos compañeros del fichero, y por el teniente Lowell, daba por terminada su labor de búsqueda fotográfica. Encontrar a Kellog y Gurley en el fichero, partiendo de sus nombres, no había sido en absoluto difícil, ya que, además, el agente recordaba vagamente el rostro de Kellog de haberlo visto en pie junto a su coche cuando disparó contra él, y aún mejor recordaba el rostro de Gurley, al cual, por otra parte, sólo había que ir a la Morgue para encontrarlo.

El que no fue localizado por más que se buscó en los archivos alfabéticos fue Lindall; precisamente no había nadie fichado con ese nombre por ningún sentido.

—Nos falta nada menos que el tipo que envió a Kellog y a Gurley contra ti —musitó Lowell.

—Bien. Sólo hay que encontrar a Kellog y él nos dirá quién es y dónde está el tal Lindall, señor. En la ficha de Kellog consta su último domicilio. No se perderá gran cosa yendo allá a interesarnos por él.

—Ah… ¿Tú piensas ir personalmente? —replicó Lowell, sarcástico.

Warren sonrió y se palpó cuidadosamente la cabeza. Notaba un considerable dolor, pero bien localizado allá donde había recibido el golpe, de donde se desprendía que todo seguía un curso muy satisfactorio; no había la menor señal de trauma interno. Un porrazo, un corte en el cuero cabelludo, y eso era todo. Insuficiente para apartar del servicio a un hombre de la fortaleza del agente.

—Mi cabeza está bien… —dijo—. Pero, sinceramente, creo que preferiría descansar un poco, señor.

—Es una buena idea… —dijo el doctor Bolder—. Usted y yo

podemos descabezar un sueñecito mientras los demás trabajan. Cuando despertemos, le cambiaré el vendaje, y es de suponer que para entonces ya sabrán algo para trabajar en serio.

—Sugerencia aceptada —dijo Lowell—. Vamos, Roy.

* * *

Poco antes de las nueve, con la herida cubierta ahora solamente por una cruz de esparadrapo, Warren Glover entraba en el despacho de su jefe, el cual sentado ante su mesa, conversaba con Roy Samuels y dos agentes más, sentados ante él, en semicírculo. Todos volvieron la cabeza y efectuaron un amistoso saludo silencioso. Lowell fue el único que habló:

—¿Cómo va eso, Warren?

—Bien. Y no me lo pregunten más. Fue un trastazo, y eso es todo. ¿Qué es eso de que Kellog fue encontrado esta mañana, al amanecer?

—Es cierto. Lo encontraron en una lancha llamada Marsopa, en el embarcadero 3.

—Bien… ¿Dónde está?

—¿Kellog? En la Morgue.

Warren entornó los ojos.

—¿En la Morgue? —susurró.

—Es el sitio más lógico. Lo encontró el dueño de la lancha, que se disponía a salir de pesca con dos amigos. Avisaron a la Policía, y nosotros fuimos avisados antes de veinte minutos, pues se había pasado el boletín de búsqueda de Kellog. Tenía dos balazos, ambos mortales: uno cerca del corazón y el otro en la cabeza, por detrás. Quedó horrible.

—Pero ¿ha sido identificado sin lugar a dudas?

—Desde luego.

—Bien… Supongo que no sabemos nada al respecto.

—Estamos esperando el informe del forense respecto a la hora en que murió, lo que sea que pueda decirnos. Se están realizando los trabajos de rutina, naturalmente.

—¿Y sobre el tal Lindall?

—Nada. Nuestra única pista para encontrarlo era Kellog, y habiendo muerto éste, todo termina ahí.

—Es decir, que Kellog ha muerto con gran oportunidad… para el

tal Lindall, claro. Supongo que ya han pensado que…

—… Que pudo ser el propio Lindall quien lo matase. Desde luego, Kellog debió ir a verlo, le dijo que tú estabas vivo, que Gurley había muerto, que él estaba herido y que podían localizarlo… Lindall debió comprender el peligro que todo ello significaba, así que eliminó a Kellog y asunto concluido.

—Dé modo que Lindall no podrá ser encontrado…

—Como no busques en el listín telefónico… —mascullό Samuels.

—Muy gracioso —gruñó Warren.

Se dejó caer en otro sillón, hosca la expresión. Hubo unos segundos de silencio, hasta que Lowell ordenó a los tres agentes que se dedicaran a buscar más pistas, fuera como fuese. Los tres salieron del despacho, y no precisamente de buen humor. ¿Dónde podían buscar pistas si no disponían de más datos? Ciertamente, había un montón de Lindall en el directorio telefónico, pero… ¿acaso iban a visitarlos uno a uno preguntándoles si habían ordenado el asesinato de Warren Glover y posteriormente habían matado al tal Kellog?

Durante unos diez minutos, Lowell y Warren estuvieron haciendo cábalas respecto a la posible personalidad de Lindall como alguien que tuviera una venganza personal contra el policía, pero éste no recordaba haber actuado jamás contra ningún delincuente con ese nombre, el cual, por otra parte, aparecía en los archivos. Claro que podía haberse cambiado el nombre, eso era facilísimo y…

Debían ser las nueve en punto cuando sonó la llamada a la puerta del despacho. Lowell autorizó la entrada, y el inspector Ricker, jefe de la sección de balística del Departamento, entró sonriendo de un modo que hizo enderezarse a Lowell en su asiento.

—Te traigo algo —dijo Ricker—. Échale un vistazo.

En una pequeña cajita de plástico, sobre un lecho de blanco algodón, había una bala, que quedó ante los ojos del teniente, el cual parpadeó repetidamente, sin comprender.

—¿Y bien? —musitó al fin.

—Es la bala que Kellog tenía alojada cerca del corazón. Un balazo mortal de necesidad, naturalmente. Esto… Bien, yo digo que esta bala ha sido disparada por el asesino que estáis buscando.

—¿Qué asesino?

—Ese que llamáis el Joyero.

Lowell y Glover lanzaron una exclamación, y se pusieron en pie

a la vez de un salto.

—¿Está seguro? —Casi gritó Warren.

—¿Estás bromeando, Warren? —Gruñó Ricker.

—Mmm… Perdone… Sí, entiendo… ¡Es absurdo! ¡Todo esto es absurdo!

—Yo no sé si es absurdo o no, muchacho. Pero lo que he dicho, lo mantengo ante quien sea, y si queréis bajar al laboratorio, os lo demostraré. Digo que esa bala ha salido de la automática del nueve largo que está utilizando el Joyero. Digo eso, nada más que eso, y nada menos que eso. Estoy abajo, si me necesitáis.

Salió del despacho un poco picado. Lowell y Warren volvieron a sentarse, con la mirada fija en la bala que reposaba en la cajita de plástico. Se miraron, desconcertados completamente.

—Pero… ¿qué demonios tengo yo que ver con el Joyero? —refunfuñó de pronto Warren—. Ni siquiera estoy interviniendo en el caso, pues llegué tarde para ello. ¿Por qué interviene él en algo dirigido contra mí personalmente?

—Tú sabrás —deslizó Lowell.

—¿Yo? ¡Pero demonios, señor; usted sabe muy bien que no he tomado parte en la búsqueda de pistas del Joyero! Cuando le pedí tomar parte de ese trabajo, después de terminar su último caso, usted me envió a ver a Norman Howard, y en eso estaba ocupado. ¿Qué puede importarle ese asunto al Joyero? ¿Por qué querer asesinarme precisamente a mí, que no formo parte del grupo que lo busca?

Era una pregunta que ni siquiera él mismo podía contestar. Los dos quedaron silenciosos, mohínos, mirando de cuando en cuando la bala… Bruscamente, Warren se puso en pie e hizo chascar dos dedos.

—Por todos los cielos —susurró—. ¡No puede ser posible!

—¿Qué has pensado? —exclamó Lowell.

El policía buscó entre los tomos del directorio telefónico, eligió uno de ellos y lo colocó en la mesa. Pasó unas páginas, fue señalando con el dedo, y por fin lo detuvo. Para entonces, Lowell estaba a su lado y quedó boquiabierto al ver el nombre.

—Lindall Jewelry —musitó—. Por Dios, no es posible.

—¿Por qué no? —exclamó Warren—. Joyería Lindall, señor… ¡No puede ser una casualidad! ¡Y no me diga que el golpe de anoche

me ha dejado tonto!

—¡Por el contrario! ¡Yo diría que te ha colocado el cerebro mejor que antes! Pero… No, no… Oh, vamos, no puede ser así de fácil, Warren.

—¿Qué perdemos con probar? ¡Es todo lo que tenemos, señor! Fíjese bien: dos tipos quieren matarme anoche simulando un accidente de coche, pero las cosas les salen mal y yo mato a uno de ellos; el otro escapa herido y lógicamente pide ayuda a su jefe, que, por lo que oí, es el tal Lindall; esta mañana, el que escapó, o sea, Kellog, aparece muerto en una lancha, y en Balística nos dicen que la bala que lo mató pertenece al nueve largo del asesino y ladrón que llamamos Joyero; por tanto Joyero queda relacionado conmigo, pues ha ordenado a dos profesionales que me eliminen; o sea, que…

—Eso, contando con que Lindall y el Joyero sean la misma persona.

—¿Por qué no puede ser? Yo, aprovechando la idea de Roy, busco el nombre de Lindall en el listín y encuentro a un Lindall que tiene una joyería; mientras tanto, tenemos que a Kellog lo ha matado el Joyero, y que Kellog, junto con Gurley, quisieron matarme a mí… ¿No hay, pues, relación entre Lindall y el Joyero? Si Lindall es el jefe de Gurley y de Kellog, y este último ha sido muerto por la pistola del Joyero…, ¿por qué no pensar que Lindall y el Joyero son la misma persona?

—De acuerdo —suspiró Lowell—. Está bien, está bien; de acuerdo. Pero todo tendría mucho más sentido si el Joyero, o el tal Lindall, tuvieran algo contra ti. ¿Por qué ordenar precisamente tu muerte? Tú lo has dicho: ni siquiera intervienes en el caso, Warren.

—Es cierto… Ahí está la clave de todo: ¿por qué ordenar precisamente mi muerte? ¿Por qué no la de Roy, la de Martin, la de Paul o Steve… o la de usted mismo, que dirige el caso? ¿Por qué precisamente querían matarme a mí?

—Esto parece un carrusel de tonterías —gruñó Lowell.

—Muy bien, pero… ¿acaso no vamos a ir a visitar la joyería del señor Lindall?

—Eso sería una tontería todavía mayor —gruñó Lowell—. Vamos allá, muchacho.

CAPÍTULO XIII

Poco después de las diez y media, la situación había cambiado notablemente.

Warren Glover dejó caer la sábana que cubría el cadáver, de modo que él y Lowell dejaron de verlo. El teniente tenía fruncido el ceño, pero era sólo para no dejar visible la expresión que habría sido auténtico reflejo de sus pensamientos: o sea, el desconcierto más absoluto.

—¿Se ocuparán ustedes del caso, teniente? —preguntó el hombre que estaba junto a él.

—¿Eh?… Ah, sí… Sí, oficial; nos lo quedamos. Imagino que nadie ha tocado nada, y que nuestros expertos podrán proceder a buscar huellas y todo eso.

—Hace poco que estamos aquí. El cadáver lo encontró una sirvienta que duerme fuera, pues tiene una hija muy prolífica, y la ayuda por las noches a dormir los críos, lavar ropitas y cosas de ésas… Siempre viene a las diez. Tiene llave de la casa, así que entró, empezó a hacer su trabajo… y al llegar al *living* encontró el cadáver. Nos llamó inmediatamente, y nosotros hemos llegado muy pronto antes que ustedes. ¿Cómo se han enterado?

—No nos hemos enterado. Ha sido una casualidad, si podemos llamarla así. Fuimos a la joyería que el señor Lindall tiene en Wilshire Boulevard y la encontramos cerrada. Un comerciante vecino nos dijo que era extraño, pues, Lindall era muy puntual, que abría siempre a las nueve en punto. Como era más tarde de las nueve, decidimos venir a su domicilio particular, pues queríamos hacerle unas preguntas con urgencia.

—Entiendo. Bien… Parece que ya no se le podrán hacer ninguna clase de preguntas. ¿Está relacionado el cadáver con algún caso de

ustedes, entonces?

Los ojos de Lowell brillaron irónicamente, fijos en el oficial de la policía del precinto a cuya jurisdicción pertenecía el caso.

—Con un caso de ustedes, oficial. Un caso en el que nos pidieron nuestra colaboración: el del Joyero.

—¿El del…? ¡Por Dios!

—La cosa está un poco confusa, por el momento. Si prefiere quedarse y colaborar, está en su derecho. Mientras lo decide, iré a telefonear al Departamento. Lo haré desde mi coche.

Salió del *living* por la puerta-ventana que daba al jardín. Cuando regresó de dar las instrucciones pertinentes, vio al oficial de Homicidios conversando animadamente con uno de sus hombres; pero, al mismo tiempo, Warren, que había vuelto a descubrir el cadáver de Lindall y estaba arrodillado al lado, le hacía señas, llamándole.

—¿Qué hay, Warren? —Acudió el inspector.

—Yo diría que nuestro interesante señor Robert S. Lindall tuvo una mala idea, señor… ¿Qué opina usted?

Lowell no entendió al principio. Estuvo unos segundos mirando atentamente el cadáver. Estaba caído de bruces delante de un sillón, ataviado con una elegante bata de seda. Cerca de su mano derecha se veía una pistola automática del nueve largo, provista de tubo silenciador.

—¿Estás diciéndome que se suicidó? —murmuró Lowell.

—Eso parece, ¿no? Ya veremos qué dice el forense, pero da la impresión de que estaba sentado en el sillón, apoyó la punta del silenciador en el corazón y disparó. La bala lo mató instantáneamente, y quizá por la sacudida del disparo o el brusco tirón de los nervios, el cadáver no quedó sentado, sino que cayó de cara al suelo, delante del sillón. Apuesto a que el forense dirá, además, que su muerte ocurrió alrededor de una hora más tarde que la de Kellog en el embarcadero 3.

—Bien… ¿Adónde quieres ir a parar?

—Yo considero una estupidez molestarse en eliminar a Kellog para luego suicidarse, señor.

—Es cierto —parpadeó Lowell—. Demonios, es cierto.

—Hay algo que tendrían ustedes que ver —dijo el oficial de Homicidios, llegando junto a ellos—. Uno de mis hombres ha

descubierto algo interesantísimo abajo, en la bodega de la casa.

—¿Qué es ello?

—Preferiría que lo viesen, teniente.

—De acuerdo. Vamos allá. Mis hombres llegarán en seguida, pero mientras tanto, advierta a sus agentes que nadie toque nada.

—Sobra la advertencia —sonrió el policía—. Vamos a la bodega.

Hizo una seña a los agentes de uniforme y a los dos de paisano que habían paralizado por el momento sus pesquisas, a la espera del equipo del Police Department, y, con el agente que le había dado la noticia y los dos detectives, se dirigieron hacia la cocina. De allí bajaron al sótano, en el cual estaba la bodega, no demasiado grande, pero bien provista de anaqueles llenos de botellas. Tan sólo viendo la bodega, un buen entendedor debía comprender que el fallecido Robert S. Lindall era persona de gustos refinados y bien definidos.

Los policías se quedaron mirando la estrechísima puerta que había en la pared del fondo, entre dos toneles de buen tamaño. Lowell pasó por entre los toneles y examinó la puerta antes que nada. Era de sólida madera, pero, por la parte que daba a la bodega, estaba forrada de finos ladrillos idénticos a los de la pared, rojizos, ásperos. Se volvió como pudo en el estrecho espacio, mirando con aprobación al detective de la policía del precinto local.

—¿Cómo pudo encontrar esto en unos pocos minutos? —preguntó.

—Listo que es uno —sonrió el policía; pero añadió en seguida, encogiendo los hombros—: Estaba abierta.

—¿Estaba abierta? —exclamó Warren.

—Así es. Como siempre, me di una vuelta por el lugar de los hechos para conocer bien todo el terreno, y al dar una vuelta por aquí abajo vi la puerta abierta. Les sugiero que echen un vistazo adentro… Yo diría que éste es un buen día para nosotros.

Lowell hizo una seña, y Warren se fue tras él, con no pocas dificultades para pasar entre los toneles, dada su envergadura. El teniente hizo un comentario jocoso al respecto, de modo que cuando los cuatro entraron en el pequeño cuarto estaban sonriendo. Pero la sonrisa quedó como petrificada en sus labios al ver lo que había allí: dos huecos en la pared, a la derecha, provistos de puertas idénticas a la que incomunicaba la bodega con aquel cuarto

pequeño, de techo muy bajo; tanto, que Warren tenía que permanecer encorvado. A la izquierda había un banco de trabajo con muchos instrumentos de joyero, y, en el ángulo, un horno también pequeño, eléctrico, que parecía de considerable poder… En el suelo, bajo el horno, se veían varios moldes de los empleados para fundiciones de metales preciosos. Sin embargo, lo más importante, al parecer, era lo que había en los huecos de la derecha: el brillo de piedras preciosas y oro podía captarse perfectamente. Lowell introdujo la mano en uno de ellos y sacó un hermoso collar de esmeraldas, que brilló intensamente a la luz de la potente bombilla del techo.

—Que me maten si me equivoco —susurró—. Pero este collar pertenece a la colección de joyas que le fue robada a la señora Kepler. ¿Recuerdas el caso, Warren?

—Por supuesto. Vi los dibujos descriptivos de las joyas, pero no recuerdo bien este collar, aunque si usted lo identifica, no cabe la menor duda… La señora Kepler es la esposa de la última víctima del Joyero, la que se culpa a sí misma por no haber permitido que su marido fumase en el dormitorio, con la luz encendida…

—Exactamente. ¿Qué te sugiere esto?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabes? —Se pasmó Lowell.

—Yo diría que está bastante claro —intervino el oficial de Homicidios—. Evidentemente, Robert S. Lindall era el Joyero. Robaba dinero y joyas… El dinero se lo quedaba, sencillamente. Las joyas las desmontaba aquí. Separaba las piedras preciosas y las tallaba de nuevo, de modo que no podían ser identificadas; fundía el oro o el platino y lo utilizaba luego para hacer joyas nuevas y diferentes, que vendía en su joyería… Todo muy bien montado, ¿no les parece?

—Yo estoy de acuerdo con su teoría, teniente —murmuró el teniente del Police Department—. ¿Tú no, Warren?

—Todo parece muy lógico, en efecto —admitió el agente—. No me sorprendería que dentro de poco los de Balística nos dijeran que la pistola con la que se ha suicidado Robert S. Lindall es la que ha estado utilizando el Joyero. De donde se desprenderá que el Joyero era Robert S. Lindall…, y asunto concluido.

—Pero tú no estás conforme.

—Hay preguntas que me gustaría que alguien me contestase, señor. ¿Por qué se ha suicidado Lindall? Y si pensaba hacerlo, ¿por qué molestarse en matar antes a Kellog? ¿Por qué ha dejado abierta esta puerta? ¿Por qué quisieron matarme precisamente a mí?

—Quizá vayamos encontrando respuestas a tus preguntas.

—Sí… Quizá.

—Volvamos arriba. Vamos a tener mucho trabajo esta mañana. Pero no tú, Warren. Te irás a descansar.

—¿Cómo? —exclamó Warren.

—A descansar. A tu apartamento. Te irás allá, te prepararás un buen desayuno, te tumbarás en la terraza con un libro y dentro de un par de días estarás como nuevo. Mientras tanto, los demás acabaremos con esto. Parece que habrá que ponerle el punto final.

—Pero señor, yo preferiría…

—Lo que tú prefieras es una cosa y mi orden es otra. ¿Está claro?

—Sí, señor. Pero…

—No hay más que hablar. Has hecho suficiente, estando con la cabeza rota. Es todo, Warren.

Salieron de aquel cuarto y volvieron arriba.

Quince minutos más tarde, ya la casa llena de agentes, que iban a desmenuzar hasta el más pequeño detalle, y a ultimar el caso con un informe formidable, Warren Glover permanecía en pie, sin intervenir, mirando la actividad de sus compañeros. Hasta que Lowell se acercó a él, señaló con el pulgar hacia fuera de la casa y gruñó:

—Toma uno de los coches y ve a descansar. Largo de aquí de una maldita vez.

Warren refunfuñó algo, y salió de la casa. Entró en uno de los coches, puso el motor en marcha y quedó pensativo, reanudando sus pensamientos. Aparte del absurdo que significaba que Lindall hubiese ido a matar a Kellog a un embarcadero para suicidarse una hora más tarde, lo cual había confirmado el forense, en su mente seguía vigente la pregunta que él consideraba clave: ¿por qué habían querido matarlo precisamente a él? ¿Por qué? No intervenía en el caso del Joyero para nada. Simplemente había estado dedicado a buscar solución al caso de Norman Howard. El sorprendente caso de aquel anciano inválido al cual habían estado

regalando sumas hasta un total fabuloso de un millón ochocientos mil dólares… El asombroso caso del generoso Stanley Toombs, el hombre de los seis aspectos diferentes que había ido enviando dinero al anciano inválido por medio de transferencias bancarias. Sí, señor; eso era lo que él había estado haciendo. Solamente eso.

La pregunta nueva brotó en la mente de Glover: ¿quizá habían querido matarlo por algo relacionado con el caso de Norman Howard? Y si era así: ¿por qué había intervenido el Joyero en aquello?

—Vamos a ver, vamos a ver —masculló Warren en voz alta—. Tenemos un ladrón y asesino que ha cometido muchos desmanes, y tenemos a un anciano que le han regalado un millón ochocientos mil dólares… ¿Cómo puede encajar todo esto y la intención de querer matarme a mí? ¿Tiene sentido?

Todavía continuó dando vueltas a sus ideas, ahora sin hablar consigo mismo, sólo pensando. Poco a poco, su gesto se fue frunciendo más y más, y, por fin, bruscamente, prieta la boca en una mueca de determinación, colocó la primera marcha.

¿Por qué no visitar a los Howard?

CAPÍTULO XIV

Norman Howard lo vio llegar, como siempre, desde la ventana, y fue a abrir la puerta, quedándose esta vez allí, a la espera del agente, que entró en la casa, cerró la puerta y se quedó mirando fijamente al anciano.

—Buenos días, señor Howard.

—Muy buenos, señor Glover. Veo que ha cambiado de coche…

—Éste es prestado.

—¿Tuvo alguna avería en el otro?

—Más o menos. Pero no hay cuidado: el seguro me pagará todos los desperfectos. Me gustaría conversar un poco largamente con usted, señor Howard.

—Oh, encantado, muchacho, de veras… Bueno —sonrió alegremente—; parece que tendré que ir acostumbrándome a conversar contigo, ¿no es así?

—En efecto —sonrió también el policía—. Por cierto, ¿dónde está Ofelia?

—Se fue hace poco con Max.

—¿Con Maxwell Thorne?

—Claro. Pero no pienses cosas raras… Lo de Max y ella terminó. Por fortuna —guiñó un ojo—, entre tú y yo convencimos a Ofelia de que la boda con Max no era un buen negocio.

—Bien… ¿Adónde han ido?

—No sé. Max vino aquí, dijo que tenía que llevar a Ofelia con él para mostrarle algo importantísimo e insistió tanto que ella no tuvo más remedio que aceptar.

Warren se pasó la lengua por los labios.

—¿Cuánto hace de eso?

—Unos quince o veinte minutos. Puedes esperarla, pues no creo

que tarde en volver. ¿Por qué no te preparas un poco de café o…?

—No, gracias —el agente quedó pensativo unos segundos antes de preguntar—: ¿Usted sabe dónde vive Max?

—Naturalmente. Tiene un pequeño taller mecánico, y él vive en los altos. Le va bastante bien. Yo diría que muy bien.

—¿Cuál es la dirección exacta de Torne?

—El 29 de Wald Lane, en Culver City.

—¿Sabe si han ido allí?

—Pues no… No lo sé. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No lo sé… De verdad que aún no lo sé.

—Oh, vamos, no empieces a pensar tonterías. Ofelia te quiere, lo sé bien. Mientras la esperamos, podemos sostener esa conversación tan larga que has mencionado… ¿De qué se trata?

Warren Glover quedó de nuevo pensativo. De pronto se puso en pie.

—Charlaremos en otro momento. Hasta luego.

Se dirigió hacia la puerta, de modo que, por primera vez, le dio la espalda al anciano, que lanzó una exclamación.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —gritó.

—Nada importante. Hasta luego.

Segundos después entraba en el coche. Todavía no tenía las ideas en orden, pero se sentía intranquilo, desasosegado… Lo mejor era ir al 29 de Wald Lane, en Culver City.

* * *

Maxwell Thorne entró el coche en su taller, miró sonriendo tímidamente a Ofelia y dijo:

—Un momento, querida. Cerraré las puertas. Como has visto, he puesto en la puerta que hoy tengo cerrado el taller, y es porque no quiero que nadie nos moleste.

—Está bien, Max. ¿Te espero arriba, en la vivienda?

—No, no… Lo que quiero mostrarte está aquí.

Salió del coche, fue a la entrada y cerró la doble puerta de madera. Cuando regresó junto al coche, Ofelia había salido de éste y lo miraba con curiosidad y un poco de impaciencia.

—¿De qué se trata?

—De ti y de mí, Ofelia.

—¿De…? Oh, por favor, Max; no quisiera…

—Espera. Las cosas no son tan simples como tú crees, Ofelia. Pero ahora no tengo tiempo para explicaciones. Tenía proyectado un negocio redondo, pero todo puede salirme muy mal si pierdo tiempo charlando. Tendrás que disculparme.

—Pero Max, no te entiendo… ¿Qué tengo yo que ver con tu negocio?

—De verdad que lamento no tener tiempo para explicaciones. Ven conmigo, por favor.

La tomó de un brazo y la llevó hacia el lavabo del taller. Echó agua en un vaso y lo tendió a Ofelia, que lo tomó maquinalmente, desconcertada. Luego, Thorne sacó un tubo pequeño de un bolsillo y vertió cinco o seis píldoras en su mano. Las tendió también a Ofelia.

—Toma. Trágatelas. Son solamente pastillas para dormir.

—¿Estás loco? —exclamó Ofelia—. ¡No quiero dormir ahora…!

—Tendrás que hacerlo, Ofelia. A las buenas o a las malas. Tú eliges.

Ella dejó airadamente el vaso en el lavabo.

—¡No tengo que elegir nada! ¡Y voy a marcharme ahora mismo de aquí, así que…!

Dio la vuelta para salir del lavabo, pero Maxwell Thorne volvió a asirla de un brazo, ahora sin delicadeza, y la hizo girar. Su rostro estaba congestionado.

—¡No me obligues a emplear la violencia contigo, Ofelia! ¡No me obligues!

—¡Suéltame! —La muchacha le empujó, y las pastillas que Thorne insistía en ofrecerle saltaron de su mano, desparramándose por el suelo—. ¡Si estás loco, yo no tengo la culpa! ¡Te digo que me sueltes!

—Tú lo has querido —jadeó Thorne.

Lanzó un puñetazo al vientre de Ofelia, que exhaló un gemido y se encogió bruscamente, demudado el rostro. Cayó de rodillas, pero Thorne la asió de los cabellos y la obligó a ponerse en pie.

—¡Vas a tomarte esas pastillas! —gritó—. ¡Vas a hacerlo de un modo u otro, no seas obcecada!

Ofelia movió negativamente la cabeza. Estaba todavía encogida, pero intentó de nuevo empujar a Thorne, que resistió sin el menor esfuerzo, y la empujó a su vez, rudamente. Ofelia se dio de riñones

contra el borde del lavabo, y Thorne la asió por los hombros, al rebote.

—Es inútil que intentes evitarlo, Ofelia —jadeó—. Vas a venir conmigo, dormida, hasta el lugar donde tengo alquilada una avioneta, que nos llevará a México… Es decir, yo iré a México solo, puesto que tú sólo servirías para complicarme la vida. Antes de llegar a donde me espera la avioneta, un sitio que ya tengo elegido… Llevo un año amándote de verdad, y tú has ido posponiendo una y otra vez la boda… ¡Una y otra vez aplazándola, pero lo acepté porque iba bien para mis planes de enviar el dinero a tu abuelo poco a poco! Y cuando ya todo parecía decidido, surge ese Glover, y lo echa todo a perder… ¡No te lo permitiré! ¡Te tendré a ti, y tendré el millón ochocientos mil dólares! ¿Lo entiendes?

—Max —tartamudeó la muchacha—. Max, por Dios. Te has vuelto loco… Te has vuelto…

—¡No estoy loco! ¡Estoy muy cuerdo, y nadie echará a perder al menos la parte económica de mis planes! El negocio redondo habría sido casarme contigo, pues te deseé en cuanto te conocí y proyecté entonces el plan. Mientras nosotros estuviésemos en viaje de luna de miel, dos hombres matarían a tu abuelo, incendiando la casa, de modo que el pobre inválido no podría salir de ella… Y al volver, tú serías la heredera de todo el dinero de tu abuelo: un millón ochocientos mil dólares. Y yo, como tu esposo, los administraría… Sería como si fuesen míos, sin que nadie pudiera sorprenderse porque Maxwell Thorne se hubiera convertido en millonario…

—Dios mío… Dios mío…

—¿Vas a tomar las pastillas o no?

—¡No! ¡No tomaré…!

Thorne volvió a golpearla, enfurecido, y Ofelia, tras caer nuevamente de rodillas, lo hizo de bruces, contra el duro suelo. Quedó inmóvil, y Thorne, jadeante, tras contemplarla unos segundos, se acuclilló junto a ella y le dio la vuelta; en la frente de Ofelia brillaba la sangre, que brotaba de un corte producido en su violento contacto con el suelo, en el cual se veían unas rojas manchas… Rápidamente, Thorne limpió la sangre de la frente de Ofelia y le puso un trozo de esparadrapo, cubriendo el corte. La arrastró hasta la pared para dejarla sentada con la espalda apoyada en ella. Del tubo sacó otro grupo de cinco o seis pastillas, que

introdujo en la boca de Ofelia, a la cual dejó con la boca entreabierta, con la cabeza apoyada en la pared de modo que su rostro quedaba orientado hacia el techo. Fue a por el vaso de agua, asió a Ofelia por los cabellos con la mano izquierda y con la derecha colocó el vaso ante la entreabierta boca.

Vertió un poco de agua y Ofelia se agitó; muy poco, debido a la brutal presa que Thorne hacía en sus cabellos. La muchacha aspiró frenéticamente, y las píldoras somníferas y el agua se deslizaron por su garganta. Thorne se aseguró de que las había tragado todas, y entonces la dejó con gesto irritado. Salió del lavabo, recogió en el taller un par de maletas que había dejado escondidas y las metió en el portaequipajes de su auto, que dejó abierto…

Cuando regresó al lavabo, Ofelia tenía los ojos entreabiertos, mostrando una expresión mortecina. Se había puesto de rodillas, sobre las cuales se tambaleaba. La muchacha estaba diciendo algo, pero no se la entendía… El sueño la estaba venciendo rápidamente. Tanto, que cuando Thorne la puso en pie no pudo sostenerse sobre sus piernas. La sacó en brazos, la metió en el maletero, lo bastante grande para admitir todavía incluso una maleta o dos más y lo cerró con llave. Luego abrió la doble puerta de madera, sacó el coche, volvió a cerrar la doble puerta y se alejó de su taller-vivienda.

La doble puerta de madera cedió cuando Warren Glover, simplemente, la empujó. Entró en el taller, mirando a todos lados, y frunció el ceño.

—Thorne… —llamó—. ¡Thorne!

Silencio absoluto. Había mucha tranquilidad en Wald Lane… Lo único que oía el policía era un ligerísimo rumor de agua, que le llevó hacia el lavabo del taller.

No había nadie allí. Era tan sólo que el grifo estaba un poco abierto… La mirada del agente cayó sobre la toalla, no muy limpia, pero lo suficiente para que destacasen en ella aquellas manchas oscuras. Se acercó, tocó aquella mancha y frotó entre sus dedos índice, corazón y pulgar el viscoso líquido.

Al mismo tiempo veía las pequeñas manchitas en el suelo. Se inclinó, mojó los mismos dedos, pero de la otra mano, en el líquido y realizó la misma operación. Cuando se incorporó estaba pálido, mirando sin ver aquel diminuto objeto redondo que brillaba en el suelo. Volvió a inclinarse y tomó la pastilla Más allá vio otra.

Luego, otra…

—¡Thorne! —volvió a llamar.

Nadie contestó, y, sin contemplaciones, se lanzó centra la puerta, que cedió a la tercera embestida de sus poderosos hombros. La vivienda era tan pequeña que la recorrió en menos de cinco segundos. En el dormitorio se veían algunas prendas sobre la cama, el armario abierto…

—Cálmate —se dijo—. Cálmate, hombre… Tranquilo. Todo puede ser circunstancial. Sal de aquí tranquilo, sube al coche y vuelve a casa de Ofelia… Quizá ella y Thorne estén allí. Tranquilo… Sólo tienes que subir al coche y volver allí…

CAPÍTULO XV

Norman Howard vio llegar el coche, pero no se movió de la ventana, ya que había dejado la puerta abierta desde que se fuera el agente. Vio salir del auto solamente a Maxwell Thorne, y frunció el ceño. Lo vio llegar al porche, entrar en la casa y directamente dirigirse hacia el buró. Thorne lo abrió, tomó el pequeño revólver y fue a sentarse ante Howard, que lo miraba estupefacto.

—Norman —murmuró—: va a extenderme ahora mismo un cheque por un millón ochocientos mil dólares, a nombre de Stanley Toombs.

—Stanley Toombs —jadeó el anciano—. ¿Qué sabes tú de esto?

Thorne se puso en pie y empujó el sillón de ruedas hasta dejarlo delante del buró.

—Saque el talonario de cheques y haga lo que le he dicho. Lo llamarán por teléfono dentro de unos minutos desde el banco preguntándole si pueden pagar el cheque. Diga que sí, que todo está en orden, y eso será todo. Si no lo hace, Ofelia va a morir.

Howard respingó y quedó lívido.

—¿Qué…, qué…? —empezó a tartamudear.

—Escuche, Norman… Durante algo más de dos años, yo he estado ganando dinero de un modo especial, que me ha valido el sobrenombre de el Joyero, gracias a la Policía y a los periodistas… ¿Ha oído o leído algo sobre el Joyero?

—Santo Dios… ¿Tú…?

—Yo. Estaba harto de ser un miserable mecánico con un sucio taller en un callejón, de modo que decidí ser millonario, fuese como fuese. El dinero me lo quedaba y las joyas las vendía a un cuarto de su valor a un hombre con el cual formamos una especie de… sociedad. Ese hombre también ganaba dinero con el asunto, así que

los dos nos hemos enriquecido. Yo sabía que si ese dinero lo ponía en mi cuenta, llamaría la atención, así que lo fui enviando en remesas a la cuenta de usted, desde diversos puntos, después de asegurarme bien de que me convenía… Conocí a Ofelia, luego a usted, comprendí que eran buenas personas, muy convenientes para mí, y, además, me enamoré realmente de Ofelia. Entonces pensé en el negocio redondo: podía colocar el dinero a nombre de usted, casarme con Ofelia y, cuando usted falleciese, ella heredaría el dinero, de modo que los dos seríamos millonarios. Si ese dinero lo hubiese puesto en mi cuenta, me habrían descubierto. En cambio, por mucho que, después de la muerte de usted, la Policía investigase el asunto, sólo sabrían que un tal Stanley Toombs le había enriquecido a usted, y, por consiguiente, nadie habría sospechado nada de Ofelia ni de mí cuando heredásemos esa fortuna. Yo sé que Ofelia jamás se habría divorciado, así que siempre estaría conmigo… Pensaba ser un buen esposo, se lo juro. Pero… Apareció ese Warren Glover y me quitó a Ofelia. Y si me quitaba a Ofelia, me lo quitaba todo, ¿comprende? Así que ayer, por medio de mi socio, que tenía contratados a unos individuos, ordené que Warren Glover fuese asesinado, pensando que una vez muerto él, Ofelia volvería a mí y todo seguiría los cauces que yo había proyectado. Sin embargo, todo salió mal: Glover sigue vivo y sé que Ofelia jamás se casará conmigo, así que, al menos, quiero mi dinero. ¿Me entiende?

—Creo…, creo que sí… ¿Dónde está Ofelia?

—La tienen unos amigos; por eso vine a buscarla. Ahora, ella está en lugar seguro y bien. Pero, Norman, si algo me sale mal a mí, si usted no accede a lo que le pido o la Policía me detiene, la degollarán.

—Dios bendito… —sollozó el anciano—. No es posible… Todo esto no es posible…

—Es posible. Ahora, atienda bien: si yo cobro el dinero y puedo escapar, Ofelia volverá pronto a esta casa sana y salva. Si no escapo, o no tengo el dinero, la degollarán. Lo harán, Norman. ¿Va a firmarme ese cheque a nombre de Stanley Toombs?

El anciano dirigió sus manos, temblando, hacia el talonario de cheques que estaba en una pequeña gaveta vertical. Se quedó inmóvil unos segundos, serenándose, dominando el temblor de sus

manos. Luego extendió el cheque, lo arrancó y lo tendió a Thorne.

—De acuerdo —susurró éste, guardándoselo—. Usted es un anciano razonable. No olvide esto: dentro de diez minutos, como máximo, lo llamarán del banco, pues no se paga fácilmente un cheque por esta cantidad… ¿Qué dirá usted?

—Que…, que todo está en orden, que lo paguen…

—Perfecto. El banco está a cinco manzanas de aquí solamente. Tómese las cosas con calma, domine su voz, tranquilícese. Piense en la vida de Ofelia.

—Max… Te lo suplico: que no le pase nada a ella… Te lo pido por Dios…

—Nada le pasará si usted cumple su parte. Adiós, Norman… Lamento mucho que el negocio no me haya salido lo redondo que yo esperaba, pero ya no tiene remedio.

Salió de la casa sonriendo fríamente, quizá divertido ante la idea de lo cerca que el pobre viejo tenía a su nieta sin saberlo.

Norman Howard quedó delante del buró, con la mirada fija en el talonario de cheques, pero sin verlo. Sentía un intenso, profundo frío en todo el cuerpo. Todo había sucedido tan rápidamente, que, en el fondo, aún no comprendía el asunto completamente. Sí, lo comprendía; pero se resistía a creerlo. No podía ser… El buen Max, siempre tan cariñoso, tímido, amable… Claro, le enviaba el dinero a él, luego se casaba con Ofelia, ésta heredaría un día u otro el dinero y nadie podría quitárselo, ya que había sido de su abuelo, al cual se lo había enviado un tal señor Stanley Toombs, que podía haber tenido mil motivos para hacerlo. Nadie tendría sospecha alguna respecto a la fortuna que podría manejar entonces Maxwell Thorne. En cambio, si de tener un taller de mecánica de autos, por bien que le fuese, pasaba a tener un millón ochocientos mil dólares, habría levantado sospechas. Claro que también él, Norman Howard, podría levantar sospechas, pero una vez muerto él…, ¿quién podría descubrir nada aparte de la existencia de aquel generoso donante llamado Stanley Toombs? Sí… Un negocio redondo… Lo peor era lo de Ofelia, que…

—¿No han vuelto?

La pregunta le sobresaltó violentamente. Se volvió, atragantado con su propia saliva, y se quedó mirando con expresión desorbitada a Warren Glover, que tenía un gesto duro en la boca y parecía un

poco pálido.

—No —tartamudeó Howard—. No han vuelto, no…

—¿Qué le ocurre?

—¿A mí? Nada… Nada.

—¿Se encuentra bien?

—Como siempre… Claro, muy bien…

El agente se quedó mirándolo fijamente unos segundos. De pronto fue hacia los dormitorios, que recorrió rápidamente. Era muy fácil identificar el de Ofelia, pero no encontró allí nada digno de interés especial. Las cosas estaban en su sitio, el armario cerrado, la cama levantada solamente… Thorne había ido a buscarla relativamente temprano, de modo que ella apenas se habría puesto en marcha para cumplir sus trabajos de la casa.

Regresó al *living*, pasó a la cocina, volvió al *living*… Al mirar a Howard, lo vio en el mismo sitio, con la mirada fija en él, un tanto asustada. Por supuesto que estaba ocurriendo algo.

—Señor Howard —musitó el policía—, quiero recordarle que no soy simplemente el novio de su nieta, sino un agente.

—No comprendo.

—¿No?

—No sé… qué quieres decir, muchacho.

—Usted está ocultándome algo. ¿Cierto?

—No… ¡Qué tontería! Yo no tengo nada que ocultar… Nada. Incluso te dije lo del dinero… ¿Qué podría ocultar yo?

—¡No lo sé; pero sí sé que lo está haciendo! Y tiene que ser algo relacionado con Ofelia y con Thorne, lo sé.

—No sé qué tonterías debes estar pensando.

Warren se acercó al anciano, y permaneció mirándolo hoscamente. Sin propósito definido, miró hacia el buró, y hubo un parpadeo de desconcierto en sus ojos.

—¿Dónde está el pequeño revólver de Ofelia? —preguntó.

—No sé. Quizá lo tenga ella…

—No me diga que suele ir por ahí llevando un revólver en el escote.

—Ella sabrá lo que hace, no yo.

Warren se pasó la mano por la boca, entornando los ojos. Se daba perfecta cuenta del nerviosismo del anciano. Miedo más bien. Estaba… aterrado. Eso era: estaba aterrado. De pronto, el agente

pensó en lo extraño que resultaba encontrar al inválido ante el buró, en lugar de en la ventana, como siempre. Bajó la mirada, y, cerca de las manos de Norman Howard, vio el talonario. Lo tomó rápidamente, lo abrió, y buscó la anotación del último cheque extendido. Era por ciento veinte dólares, y el saldo estaba expresado sin contar el millón ochocientos mil dólares. Pero, después de aquel cheque, se había extendido otro, pues quedaba en blanco el resguardo del talonario. Si habían entregado otro cheque los Howard… ¿por qué no habían tomado nota de él, anotando el saldo actual?

—¿Ha entregado usted un cheque hace poco? —preguntó.

—No… No, desde luego.

La mirada del federal, rebosante de inteligencia, parecía ir profundizando más y más en los cansados y asustados ojos del anciano.

—Yo diría que sí —murmuró—. Y está asustado. Le han amenazado con hacerle algo a Ofelia, ¿no es cierto?

—No, no —jadeó Howard.

—Yo digo que sí. Usted ha firmado no hace mucho un cheque… Por un millón ochocientos mil dólares. Sí… Eso es. Thorne estuvo aquí, se llevó a Ofelia, luego vino a amenazarlo si no le entregaba un cheque, y usted le obedeció… Usted teme que le ocurra algo a Ofelia, y por eso no quiere que yo intervenga. ¿O no se trata de Thorne? ¿Quizá ha estado aquí, por fin, nuestro generoso señor Stanley Toombs? Espere… Seis hombres diferentes le envían dinero… Seis hombres con diferente aspecto. Y me pregunto: ¿por qué tiene que ser el verdadero ninguno de esos seis aspectos? Puede tener un séptimo aspecto, un octavo… Miles de aspectos. Sin embargo, Stanley Toombs ha estado aquí… ¿Sí, Norman?

—No, por Dios… ¡No!

—¿Fue Thorne quien estuvo? ¿O son ambos la misma persona?

—¡No!

—Tiene que confiar en mí —musitó Warren—. Sea lo que sea lo que hayan ofrecido a cambio de su silencio, no van a cumplirlo, Norman. No lo harán. Si tienen a Ofelia, sólo yo puedo hacer algo por ella, en estos momentos. Llamaré a mi jefe, le diré…

—¡No tienes que llamar a nadie! ¡Deja ese teléfono! ¡No lo toques!

Warren se detuvo, con la mano cerca del auricular, que había estado a punto de descolgar. Volvió de nuevo junto a Howard, y le puso una mano en un hombro.

—Le enviaron el dinero a usted para poder obtenerlo luego de un modo legal, ¿no lo comprende? ¿Qué modo, Norman? Usted lo sabe… ¿Qué modo? ¿Por medio de usted? ¿De Ofelia? Ofelia… Un momento… Maxwell Thorne quería casarse con Ofelia, de modo que…

El timbrazo del teléfono los sobresaltó a los dos; a Howard hasta el punto de que lanzó un alarido. Warren fue hacia el teléfono, pero Howard le gritó:

—¡Deja eso! ¡Yo voy a contestar!

—Como quiera —murmuró Warren.

El anciano movió el sillón hasta la mesita donde estaba el teléfono, lo descolgó, y musitó:

—¿Diga?

—¿…?

—Sí… Yo mismo.

—¿…?

—Oh, sí… Sí, todo está bien, desde luego.

—¿…?

—Sí, sí, pueden pagarlo, naturalmente. De nada… Adiós.

—Hasta luego —dijo, recogiendo el talonario de cheques.

—Warren —imploró el anciano—, la van a matar si haces algo… ¡La van a matar! ¡Deja que se lleve el dinero, que haga…! ¡Warren!

Pero el agente corría ya hacia el coche que le habían facilitado para regresar a su apartamento a descansar. Lo puso en marcha rápidamente, echó un vistazo al talonario, para asegurarse de que recordaba exactamente la dirección del banco donde tenía su cuenta Norman Howard, y, acto seguido, descolgó el radioteléfono del coche.

—Soy Warren Glover —dijo secamente—. Avisen ahora mismo al teniente Lowell, para que se presente en el acto en la sucursal urbana del First National Bank situada en el 428 del Alvarado Street. Es todo.

CAPÍTULO XVI

Ni siquiera dos minutos más tarde, detenía el auto cerca del banco, se apeaba rápidamente, y corría hacia la entrada del edificio. Estuvo a punto de detenerse en seco al ver uno de los autos estacionados en el *parking* con reloj de tiempo del banco, pero pudo dominarse y tras asegurarse de que aquél era el coche de Maxwell Thorne, que había visto un par de veces delante de la casa de los Howard, continuó adelante, ya sin prisas, caminando pausadamente.

Se detuvo antes de llegar al banco, y entró en un portal. Encendió un cigarrillo, mirando a todos lados. En el coche de Maxwell Thorne no había nadie esperando, pero nunca se podía estar seguro de que éste no llevase compañía. Oculto tras unas frondosas plantas colocadas en el portal de aquel edificio, el policía permaneció con la mirada fija en la entrada del banco, observando a las personas que entraban y salían.

Durante tres o cuatro minutos, siempre vacilando ante la conveniencia de entrar, estuvo esperando, pacientemente. Si entraba y veía a Thorne, quizá éste tuviera un arma, con la que, sin duda, estaría dispuesto a apoyarse para escapar; en tal caso, como solía suceder, alguna persona inocente se convertiría en víctima, lo cual Warren no estaba dispuesto a permitir.

Un minuto más tarde, Warren comenzó a impacientarse. Miró una vez más hacia el auto de Maxwell Thorne, y respingó al ver a la persona que se disponía a entrar en el vehículo: era un caballero elegante, de blancos cabellos y lentes oscuros que hacía unos segundos había salido del banco, con una gran cartera de piel, y que, por supuesto, no se parecía en nada a Maxwell Thorne. Es decir… Un escalofrío estremeció al colosal policía. ¿Acaso estaba tonto?

Sin vacilar, salió a la acera, justo cuando el elegante caballero de blancos cabellos se disponía a tirar de la manilla de la portezuela.

—¡Stanley Toombs! —gritó Warren—. ¡Deténgase!

El elegante caballero se enderezó bruscamente, mostrando un grandísimo sobresalto, volviéndose hacia donde había sonado, clarísima y muy fuerte, la voz del agente. Pareció sobresaltarse aún más, y su mano derecha desapareció bajo la chaqueta, hacia el lado izquierdo.

—¡Toombs, no lo haga! —gritó Warren—. ¡Quieto!

La pistola apareció en la mano del policía, pero el elegante caballero demostró que no estaba dispuesto a detenerse ante nada. Se iba a jugar el todo por el todo.

Sacó su propia arma, un pequeño revólver, y comenzó a mover el brazo hacia Warren Glover. Todo ello con la rapidez lógica, furiosa, de la situación, que podía depender de un segundo o menos tiempo aún en vacilaciones.

¡*Crack*!

No podía haber vacilaciones, y Warren Glover lo sabía. Si permitía que Toombs disparase, alguien podía resultar herido o muerto, sin merecerlo. Si alguien lo merecía, era, precisamente, Toombs, que lanzó un alarido al recibir el balazo en el abdomen. Pareció aplastado contra el auto, por un instante, temblando con violentas sacudidas, mientras la calle se llenaba de gritos de espanto. En algún lugar sonó el silbato de un policía.

Por fin, como si en lugar de poco más de un segundo, hubieran transcurrido cientos de horas, Toombs cayó de rodillas, y se apoyó con la mano izquierda en el suelo, mientras alzaba la cabeza para mirar al policía, que se acercaba lentamente, atento, sin dejar de apuntarle.

—Deje ese arma —ordenó—. Suéltela, Toombs…

Pero en los ojos de éste, visibles ahora debido a que los lentes de sol habían saltado al recibir el primer impacto en pleno abdomen, brilló un relámpago de odio. Y la mano derecha, aún con el pequeño revólver en ella, comenzó a alzarse otra vez…

¡*Crack*!

Stanley Toombs volvió a lanzar un alarido, pareció saltar, y acabó chocando de nuevo contra el coche, de cabeza, para,

finalmente, caer de bruces, soltando el revólver.

La gente se había refugiado en los portales, contemplando con espanto al gigante rubio que caminaba hacia el hombre que acababa de matar. Un policía llegó corriendo, aun tocando el silbato, mientras, por el lado opuesto, llegaba a toda velocidad un coche-patrulla, del cual saltaron los hombres de dotación, pistola en mano.

Pero, para asombro del público, que comenzó a reaparecer en la acera al sentirse protegido por la policía, el gigante rubio no hizo el menor caso a ésta. Lo vieron inclinarse sobre el hombre muerto, y darle la vuelta, colocándolo de cara al cielo. Un murmullo de asombro se oyó cuando el rubio atleta arrancó los blancos cabellos del muerto, dejando al descubierto una cabeza redonda, un poco escasa de pelo desde la mitad hasta la frente. También el bigote fue arrancado. Y hasta de dentro de la boca, el rubio personaje sacó unos pequeños objetos que nadie pudo ver bien.

Cuando la policía le interpeló, amenazándole, se puso en pie, tranquilamente, dejando su pistola en el suelo. Señaló su chaqueta, y uno de los agentes metió la mano en un bolsillo interior, sacó un estuche de piel, examinó brevísimamente su contenido y, en el acto, su actitud cambió de modo radical hacia el gigante rubio, hasta el punto de que él mismo recogió la pistola del suelo, y se la entregó. A partir de ese momento, estuvo claro que quien daba las órdenes allí era el hombre que acababa de matar al otro.

—Por favor —decía uno de los policías—. Sigan su camino… Vuelvan a sus asuntos… Por favor…

Mientras tanto, Warren Glover recogió la gran cartera de piel y la abrió. Se quedó mirando aquella enormidad de billetes de cien, de quinientos y mil dólares, con notable indiferencia, a pesar de que conocía la cantidad exacta, que no era precisamente despreciable: un millón ochocientos mil dólares.

Cerró de nuevo la cartera, y la dejó junto al cadáver, al cual registró, amontonando sus cosas junto a la cartera. Un policía esperaba de pie, sosteniendo una manta del coche de Toombs, dispuesto a cubrir el cadáver cuando el agente se lo indicara. Por fin, Warren se incorporó, quedándose solamente con las llaves del coche. Hizo un gesto al policía, que cubrió por fin al muerto, con lo que el espectáculo, que el público se resistía a dejar de contemplar,

perdió considerable vistosidad.

Warren abrió el portaequipajes, un tanto crispado el rostro. Pero suspiró fuertemente al ver la clase de «equipaje» que transportaba Stanley Toombs; es decir, Maxwell Thorne, ya que su verdadero rostro se veía perfectamente después que Warren le había quitado la peluca y demás trucos.

—¡Cáscaras! —exclamó el policía que estaba junto a él—. ¡Una mujer! Quizá esté muerta…

Warren la estaba tomando ya el pulso, y movió negativamente la cabeza, con una expresión de alivio infinito, mientras el color volvía a su rostro.

—Está dormida —musitó—. Debió obligarla a ingerir varias tabletas de somnífero.

—Tiene un esparadrapo en la frente…

—Eso no importa nada —sonrió Warren—. Nada.

Sacó a Ofelia del maletero, con lo que provocó un nuevo murmullo entre los curiosos. La dejó sentada en el asiento de atrás del coche de Maxwell Thorne, y miró su reloj. Debía tener paciencia: no se viaja en auto muy fácilmente por la ciudad de Los Ángeles.

* * *

Cuando llegó el teniente Lowell, hacía ya algunos minutos que estaba allí la ambulancia, la cual fue autorizada entonces a marcharse, con el cadáver, después que Lowell le echó un vistazo. Luego, con Boy a su lado, se encaró con Warren Glover, dirigiendo una mirada rápida hacia la muchacha dormida dentro del coche.

—¿Y bien? —masculló.

—Tengo toda una larga explicación que darle, señor. Empezando por la noticia de que ese hombre que acaban de llevarse es el Joyero.

—¿Por qué estás seguro de eso?

—Bueno… No tenía sentido que Robert S. Lindall lo fuera, señor. Yo creo que lo era Maxwell Thorne, y que Lindall era su cómplice. Al ponerse las cosas mal, Thorne mató a Kellog, luego fue a la casa de Lindall, y también lo mató, pero molestándose en simular que se había suicidado, para desconcertarnos el tiempo suficiente para huir, pues tenía que hacerlo esta misma mañana,

con el dinero de Norman Howard. ¿Me va entendiendo?

Roy Samuels soltó un bufido.

—Si ese Thorne mató a Lindall en su propia casa, ¿por qué no se llevó las joyas en lugar de dejarlo todo abierto, para que lo encontrásemos tan fácilmente?

—Porque quería distraernos con todo eso, Roy. Mientras nosotros y la Policía nos ocupábamos de ir obteniendo datos y conclusiones, él tenía pensado hacer… lo que ha intentado: llevarse el dinero que bajo el nombre de Stanley Toombs había estado enviando a Norman Howard, y a la mujer con la que había pensado casarse para entrar oportunamente en posesión del dinero. Tiene que ser esto. Y ya no podía confiar en nadie, así que tuvo que hacerlo todo él solo. Incluso llevarse a Ofelia en el coche. Me pregunto… qué tendría pensado hacer con ella No sé si me voy explicando.

—Lo harás mucho mejor en el informe, espero —dijo Lowell.

—Sí, señor. Además, Norman Howard debe saber algo, y también Ofelia nos dirá lo que sabe cuando despierte. Será un informe completo y exacto, señor.

—Demonios —murmuró Samuels—. ¿Este tipo enviaba dinero a otra persona, para luego casarse con la nieta y heredarlo?

—Ésa era la jugada, Roy. Dinero que robaba en mansiones de millonarios, preferentemente donde habían dado alguna fiesta, pues así era seguro que habría joyas esa noche en la casa.

—Conocemos mejor que tú el «*modus operandi*» del Joyero —le espetó Samuels—. Demonios, ¡qué lío!

—Ningún lío. Lo tenía todo muy bien pensado y planeado. Ya te convenceré con mi informe.

—Esto no es justo —protestó Samuels—. Nosotros nos volvemos locos buscando una pista del Joyero, llegas tú porque tienes que atender otro caso, y resulta que los resuelves los dos a la vez. ¡No es justo!

—Es que era el mismo caso, Roy —rió Warren—. Además, todo el mérito no es mío. Digamos que todos habéis puesto vuestro granito de arena.

—Eres un fanfarrón —bufó Roy Samuels—. Espero que seas mucho más modesto en tu informe completo.

* * *

—Parece la Bella Durmiente del Bosque… ¿Verdad?

—Sí, sí… Je, je…

—Será mejor que salgamos de aquí; no sabemos cuánto tardará en despertar, así que aprovechemos el tiempo para otras cosas. ¿O no tiene nada que decirme tampoco ahora, Norman?

—Sí… Yo… Bueno, tenía tanto miedo de que matasen a Ofelia…

—Ya ve que no ha sido así. Volvamos al *living*.

—He pensado, Warren —dijo Lowell—, que podrías quedarte aquí, con los Howard, mientras nosotros nos ocupamos de todos los trámites finales. Si ellos tienen algo que decirte, podrías ir recogiendo datos para el informe y en cuanto los tengas todos, te vienes al Departamento.

—Es una buena idea, señor.

—De acuerdo, entonces. Hasta luego. Adiós, señor Howard.

—Adiós… Y gracias por todo, teniente.

Quedaron solos el inválido y Warren. El primero preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

—Por el principio, naturalmente. Pero antes, será mejor que prepare un par de *whiskys*.

—¡Cómo! ¿Por fin vas a beber algo?

—¿Por qué no? Cuando cada cosa se hace a su tiempo, todo está permitido. ¿O acaso se cree que en la policía somos ogros?

—Ogros, no —sonrió Howard—. Pero, vaya… No irás a negarme que sois gente de cuidado, ¿eh?

ESTE ES EL FINAL

—¿Ya no recuerdas nada más?

—No… Lo siento, Warren… Te he dicho todo lo que me dijo él. Al principio, creí que se había vuelto loco.

—Nada de eso. De loco no tenía ni un pelo, querida. Bien… Son ya casi las ocho de la noche. Me pregunto si mi jefe me creerá cuando le diga que estuviste durmiendo hasta las siete, y que, por lo tanto, he tenido que permanecer aquí.

—¿Te vas ya? —se desencantó la muchacha.

—Tengo que redactar un informe con estas notas, y mi jefe ya debe estar esperándome. Ah, una cosa: empieza a estudiar bien ese libro de navegación a vela, pues las clases prácticas llegarán pronto. ¿Te gustaría navegar a media vela, de noche, con el cielo lleno de estrellas y la luna sonriéndonos entre ellas?

—¿En un mar tranquilo? —sonrió ella.

—Oh, por supuesto…

—¿Contigo?

—¡Naturalmente!

—Si es contigo, lo demás sobra, Warren.

—¿De veras? Caramba… Bien… Esto… Adiós, Norman. Ya nos iremos viendo.

—Supongo que así será —rió el anciano.

—Te acompañaré al porche —murmuró Ofelia.

Salieron los dos al porche, y ella ajustó la puerta, de modo que quedaron en una agradable penumbra. Hacía una hermosa noche de primavera, se olía a flores, y… era suficiente. Cuando se dieron cuenta, estaban sumergidos los dos en un beso, larguísimo,

larguísimo, larguísimo… Por fin, Warren apartó a Ofelia.

—Tengo que irme —susurró él.

—No importa… Volverás una y otra vez, y eso es suficiente para mí. Se diría que., he sido yo la que ha hecho un negocio redondo.

—¿Tú? —sonrió el agente.

—Claro… Voy a casarme con un hombre alto, amable, educado, que sabe navegar a vela, abrazar a una chica, besarla hasta dejarla desfallecida. ¿Qué más puedo pedir?

—Caramba —farfulló Warren Glover—. ¡Pues es cierto! Has hecho un negocio redondo…

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…